Magda

Drama en 4 actos

Versión Castellana
por
Carlos Costa y Luis M.ª Jordá

Barcelona
1905

558.8

TEATRO ANTIGUO Y MODERNO-Vol. XXXI

H. SUDERMANN, 1857-1928.

MAGDA

DRAMA EN CUATRO ACTOS

VERSIÓN CASTELLANA

DE

CARLOS COSTA y JOSÉ M.ª JORDÁ

LIBRERIA DE ANTONIO LÓPEZ, EDITOR.-RAMBLA DEL CENTRO, 20.—BARCELONA: : : : : : : : 1905.

Los traductores de esta obra se reservan los derechos de representación, quedando encargada de cobrarlos la «Asociación de Autores Españoles».

HERMANN SUDERMANN

NOTICIA BIBLIOGRAFICA

Hermann Sudermann, el autor del drama *Heimat* (*El hogar* ó *Magda*), es uno de los escritores más celebrados y más discutidos en Alemania, su patria, cuyo nombre en la moderna evolución del arte dramático hay que colocar al lado de los nombres de los grandea revolucionarios del teatro, cemo Ibsen, Bjorson, Strindberg, Jorge Brandés, Lie, Huptmann, Marco Praga, Kunt Hamsun, Ane Garborg y tantos otros.

La influencia de Ibsen, general en todos los escritores paladines del teatro moderno de ideas, aparece también en todas lae obras de Sudermann desde sus primeras novelas, *Der Katzénsteg y Frau Sorge*, hasta el último de sus dramas. Como el moralista noruego, el maestro alemán muestra en sus obras el mismo espíritu de independencia, el mismo furor contra los pactos heredados y no consentidos, contra las comedias del sentimiento, contra las declamaciones politicas, contra la razón de las mayorías, la tiranía de las costumbres, lo que se entiende por virtudes entre las clases burguesas. los cimientos de la sociedad. Para demostrar hasta què punto es Suderman el adversario de las mayorías, el *enemigo del pueblo*, el implacable fustigador de todos los prejuicios y de todas las convenciones de la vieja y agonizante sociedad, bastará citar en pocas palabras algunas de sus obras, antes de fijarnos especialmente en su drama *Heimat*, seguramente la mas completa de sus producciones, la más harmónica y la más perfecta en su es-

tructura, y aquella en que más claramente puede estudiarse su tendencia social.

Diose á conocer Hermann Sudermann entre los espíritus más fecundos y elevados de la moderna literatura alemana con su novela *Der Katzensteg* (*El sendero de los gatos*), estudio psiciológico y social, y con *Frau Sorge*, otra novela destinada á sostener una tesis francamente individualista, obras ambas en las cuales puede decirse que apareció ya, aunque sin acabar de precisarse, el temperamento del escritor, cuya personalidad determinóse luego claramente con sus dramas *Die Ehre* (*El honor*), *Sodom's Ende* (*El fin de Sodoma*) y *Heimat*.

En *El sendero de los gatos* nos presenta el autor á Boleslaw, el hijo del traidor barón de Schranden, que entregó su pátria al ejército conquistador de Napoleón. Boleslaw, al conocer el crimen de su padre, siéntese dominado por la herencia de oprobio que le ha legado aquél, reconquistando la perdida honra con la nobleza de las propias facciones. Alístase con supuesto nombre en los ejercitos de su patria, y al poco tiempo conquista el grado de teniente por méritos de guerra. Regresa entonces á la casa donde ha espirado su padre, despreciado y maldito de todos, y allí se instala, creyendo poder ostentar aquel nombre deshonrado, que imagina haber rehabilitado con su heroísmo. Entonces empieza para él un calvario de sufrimientos y angustias, perseguido, como el *Osvaldo*, de Ibsen, por *espectros* en aquella casa donde todo le recuerda la traición y el crimen, que pesan sobre él como una herencia maldita; y en aquélla lucha tremenda sucumbe el infeliz Boleslaw entregándose á las caricias de la antígua amante de su padre, la joven criada del baron de Schranden, la que enseñó á los franceses *el sendero de los gatos*. Boleslaw, que representa la nobleza individual, sediento de rehabilitación, queda

al fin vencido por la iniquidad brutal de la sociedad, por la injusticia social, que es la más fuerte.

La segunda novela de Sudermann, *Frau Sorge*, es la historia de un desheredado de la sociedad ,Pablo Meyhoefer, hijo de un vagabundo y alcoholizado, á quien ya al nacer solo arrullan los juramentos y los suspiros de su padre, que repite sin cesar una frase terrible: ¡*Heimathlos*!, ¡sin hogar!... La vida de Pablo Meyhoefer es una no interrumpida serie de trabajos y privaciones, sujeto á los más duros deberes, sacrificado siempre sin que sus insomnios y sus vigilias, dedicados al trabajo, le parezcan han de servirle de nada, hasta que adquiere la conciencia de su personalidad, de su *yo*, y al experimentar la injusticia social, rebélase contra ella y halla aún en si mismo fuerzas suficientes para conquistar la parte de felicidad que le corresponde en el mundo uniéndose á la mujer que ama.

En el drama *Die Ehre*, nos presenta el autor el cuadro de dos familias *respetables* y acomodadas, y en las cuales las madres y las hijas son modelos de escandalosa prostitución. Entre aquella degradación aparecen un tipo hermoso, el de un joven sediento de trabajo, de justicia, de amor, del cual, á pesar de su resistencia, acaba por contagiarse en la atmósfera insana que se respira á su alrededor. En una de las escenas de *Die Ehre* se halla la siguiente frase:

—¿Sabe V. lo que yo soy?—exclama uno de los personajes.

—No.

—Pues bien, soy oficial del ejército.

—¡Ah! ¿Y no es V. *más que eso*?

Esta protesta contra el militarismo imperante levantó tempestades de aplausos en Berlin.

Sodom's Ende es otro cuadro de las costumbres alemanas, cuadro irónico, pesimista y de una mordacidad

extremada. El autor nos lleva al mundo de la banca. La mujer del señor Barczinowski, bolsista ridículo, está enamorada de un pintor de moda, muy querido y muy *pagado* por las gentes acomodadas. Envanecido el artista con el amor de aquella gran señora, conviertese bien pronto en un libertino, en un perdido, que abandona sus ancianos padres, seduce á Clara, su hermana adoptiva, y vive solo á expensas de su querida. La señora Barczsnowski, queriendo tener más cerca de ella á su enamorado, intenta casarlo con su sobrina Kitti Tattenberg, pero no puede realizar el indigno proyecto porque el protagonista muere de una tisis galopante, arruinado su cuerpo por los excesos, después de arruinada en él también la parte moral.

***

Magda. En ninguna obra como en *Heimat* puede definirse y estudiarse la fisonomía intelectual, la personalidad literaria de Hermann Sudermann. En todas sus demás obras, las anteriormente citadas, aparece sólo alguno de los aspectos de su personalidad; unas veces, cual en *Der Katzensteg* y *Frau Sorge*, vemos sólo en él al revolucionario sociològico, con todos los prejuicios del sectario, sirviéndose no más de la forma literaria de la novela para predicar sus ideales, mientras otras veces como en *Sodom's Ende*, aparece únicamente el eterno descontento, el declamador contra las miserias y las contradicciones sociales; abusando de los tintes sombríos, de los efectos dramáticos, hasta de los rebuscamientos y de las inverosimilitudes en sus asuntos y para lograr conmover en la primera impresión, aunque luego el exámen detenido, desapasionado raciocinio no den lugar á la persuasión ni al convencimiento. En cambio en *El hogar* ó *Magda*, presenta, puede decirce

todo su modo íntimo de ser y sentir, su personalidad artística y sociológica, ya que, criado y formado en la moderna evolución literaria, concibe sólo el ARTE SOCIAL hemanando la sociología, lo más elevado del pensamiento humano,con el arte, la más refinada expresión de la belleza. Así en *Heimat*, Sudermann es un gran artista y al mismo tiempo un apostol, un profundo pensador, un espíritu formado y ennoblecido, entre las luchas del ansioso creador de la belleza y entre las santas aspiraciones del convencido y exaltado predicador de los nuevos ideales de la Humanidad, apareciendo la tendencia social de su obra, naturalmente, sin que parezca preconcebida por el autor, sino resultado de la misma obra de arte por el propio y excepcional valor de la misma, que resulta una genial creación de humanidad. Así *Magda*, el tipo principal de la obra, sin que el autor lo pretenda, con todo y ser una *figura viva*, admirablemente estudiada y de una sorprendente realidad, resulta más que una mujer, más que un caracter, un *tipo*, la personificación del espíritu de la mujer libre y emancipada, ennoblecida por el propio esfuerzo, rebelándose ante la sociedad caduca, cuyas absurdas leyes y ridículos prejuicios pretenden avasallarlo y destruirlo todo oponiéndose á las más santas aspiraciones y á los más nobles ideales.

Y así como *Magda*, por la fuerza de la concepción del artista, sintetíza la fuerza regeneradora de la sociedad, causa de todo progreso, otros de los personajes de la obra de Sudermann representan inconscientemente por su propia virtualidad, por la *humanidad* que respiran, algo más que el papel de figuras más ó menos vivas entre las cuales se desarrolla una acción dramática más ó menos interesante. Así el viejo *coronal Schwartz*, estudio de un carácter realisimo, es el prototipo del autoritarismo, del antiguo *pater familias*, que víve

con todos los antíguos prejuicios, acatando todas las leyes que ha hallado establecidas, aun sin pretender buscar el sentido de las mismas. Al lado de estas dos figuras, hállase la del *Pastor Hefterding*, la inteligencia oprimida, tipo que me recuerda extraordinariamente al de *Manders*, diferenciándose sólo del personaje creado por Ibsen en que *Hefterding* siente en un momento dado un vago deseo de elevarse, una ambición de felicidad que el bonachón pastor de *Espectros* no se hubiera atrevido jamás á concebir.

El drama puede decirse se desarrolla entre estos tres personajes, ya que los demás, aún el del mismo *Barón Keller*, tipo del cínico é hipócrita *perfecto caballero*, que pretende la general estima alardeando de los más severos princípios tras de una juventud de libertino, sin aprensión ninguna, no son más que figuras de segundo tèrmino, sólo necesarias para dar lugar á la obra dramàtica, al desarrollo de la acción.

El *coronel Schwartz y Magda* son las dos fuerzas opuestas de la sociedad, *el mundo que muere y el mundo que nace*, el viejo autoritarismo que pretende dominar en todo aún en las mismas conciencias de cuantos le rodean y cree inferiores á él, y el puro individualismo, que empieza por afirmarse á si propio, el ser libre y responsable, independiente, formado por el propio esfuerzo de su voluntad, que se despliega espontánea, saltando por encima de toda convención. Colocadas frente á frente estas dos fuerzas, es inevitable el choque entre ellas, y, al verificarse éste, queda destruída, aniquilada, una de ellas, la menos fuerte, la basada en convenciones ridículas y en el más brutal egoísmo.

El *coronel Schwartz* cae, como herido por un rayo, al comprender que todos sus esfuerzos, que todo su poder, se estrellan ante la firmeza de su hija *Magda*, que no accederá nunca á *doblegarse*, á renunciar á su per-

sonalidad; que, convencida de su independencia y de su emancipación; conquistada á costa de tan grandes esfuerzos no quiere sacrificarse entregándose, atada de piés y manos, á quienes ningún derecho tienen para exigirle lo que de ella pretenden, porque *nada de común existe entre ellos.* «*¿A quien he mentido yo?*, dice— *¿Qué hay de común entre nosotros? ¿Acaso tenía yo familia? ¿No me arrojasteis de esta casa, obligándome á ganarme el pan, y no renegasteis luego de mi porque no os acomodaba ó no era de vuestro agrado el modo como lo ganaba? ¡Si nos otorgáis la libertad, no os maravilleis que hagamos uso de ella!...*»

Y *Magda* está tan orgullosa de su grandeza, lograda con *la felicidad* y *la culpa*, tan convencida de lo que vale por el triunfo de su voluntad, tan apasionada por sus ideas, que quiere imponer siempre, como lo está *Schwartz* de las suyas, con la sola diferencia que en *Magda* el convencimiento es resultado de lo que ella misma ha experimentado y á cada momento experimenta, mientras que su padre es un convencido por *la fe*, que cree lo que le han dicho que debe creer, lo que ha creído toda su vida. Por esta razón, *Schwaartz* no puede comprender los razonamientos de su hija, ni sabe oponer el más débil argumento á cuanto *Magda* le dice Sus solos argumentos estan en su autoridad, en su autoridad ante la cual la hija emancipada no puede ni quiere doblegarse. Así se comprende que no pueda ni siquiera lograr el *Coronel* que su hija, al llegar, acceda á permanecer en aquella casa, lográndolo el *pastor Hefterding*, quien, si no la convence tampoco, porque su lenguaje nada dice á la *ménte sana* de *Magda*, interesa por lo menos, á su corazón, y logra lo que de ella quiere, emocionándola, haciendo asomar las lágrimas á sus ojos, *convirtiéndola en una niña*.

Y estas dos figuras de la obra de Sudermann, que,

como he dicho, representan las dos fuerzas opuestas de la sociedad actual, las ha creado el autor con el mismo carácter, y,—aquí la labor admirable del ártista,—como si la sociedad nueva, personificada en *Magda* por ley de atavismo, debiera haber heredado el caracter de la sociedad vieja pero en distinto medio desarrollado; como si fuese la hija de la vieja sociedad la que destruirá sus convenciones por su propia fuerza, por lo irrebatible de sus principios y por la grandeza de su moral social, pura y nueva. Efectivamente, en *Heimat*, *Magda* es verdaderamente la hija del intransigente *Coronel*, posee el mismo carácter de su padre, pero caracter que se ha desarrollado en un medio ambiente por completo opuesto al en que se ha desarrollado el de *Schwartz*. *Magda*, al llegar á la casa paterna, al oir la primera *observación*, como ella dice. de su padre, se exalta y quiere abandonar en seguida aquél hogar. El *Coronel*, por su parte, no puede nunca tampoco avenirse á la más débil oposición; siempre ejerce de autoridad indiscutible, y así, al saber por boca del *Pastor* que su hija accede á permanecer en el hogar paterno, ni siquiera la dirige una palabra de reconocimiento, contentándose con exclamar: —*¡Has cumplido con tu deber, hija mia!*—Y en la última escena de la obra, al llegar, finalmente, *Magda* á *saldar sus cuentas con el hogar*, ambos personajes, poseídos de todo su espíritu y de toda su fe en las propias convicciones, comprenden que es preciso apurar todos los medios; y mientras *Schwartz*, dirigiendo la mirada á la caja de las pistolas, amenaza á su hija casi de muerte, *Magda* arroja en pleno rostro de su padre, lafrase terrible que lo hace caer desplomado mientras su hija exclama «*¡Oh! ¡No hubiese vuelto nunca á esta casa!...*»

Esta es la conclusión de la obra, conclusión atrevidísima, de una audacia extraordinaria, pero conclusión razonada por los hechos, é inevitable dados los elemen-

tos humanos, profundamente observados y estudiados, de que el autor se ha valido para crear el drama *Heimat*, drama conmovedor y admirable, no sólo por su profunda filosofia, sino aunque sólo se considere en él su aspecto puramente artistico, su estructura dramática, su valor exclusivamente como obra de arte, aspecto este último en el cual casi me he abstenido de fijarme en esta *Noticia*, en la cual no he pretendido más, por otra parte que presentar al genial escritor alemán, dedicándole mucho menos espacio, del que hubiera querido, y aun del necesario, para un sencillo apunte bibliográfico.

PERSONAJES

MAGDA, hija del primer matrimonio del Coronel.

MARIA, Id. id.

SRA. SCHWARTZ, mujer del Coronel.

FRANCISCA, cuñada de Schwartz.

SRA. KLEBEN.

SRA. ELLRICK.

SRA. TUMANN.

TERESA, criada.

LEOPOLDO SCHWARTZ, coronel retirado.

MAX de WENDLOSKI, teniente, sobrino del Coronel.

HEFTERDING, Pastor protestante.

EL BARÓN KELLER, Consejero de Estado.

BERKMANN, profesor.

EL GENERAL KLEBEN.

La acción se desarrolla en una capital alemana de segundo orden. Epoca actual.

ACTO PRIMERO

Salón en casa del coronel Schwartz, amueblado con sencilléz. En las paredes, cuadros, representando escenas de la Biblia; fotografías de grupos militares y colecciones de mariposas, colocadas en cuadros. A la izquierda, el retrato de la primera mujer del coronel, joven y vestida á la moda de 1860; á la derecha del foro, la puerta de entrada, y en el centro la puerta que dá acceso al comedor. A la derecha, una ventana con mazos de flores; á la izquierda, una puerta que dá entrada á la habitación del coronel. Una mesa escritorio á un lado, y otra enfrente, destinada á jugar al whisk. Encima de la mesa, una pecera.

ESCENA PRIMERA.

MARÍA y TERESA

TERESA.—*(Desde la puerta y con misterio)* ¡Señorita!

MARÍA.—*(Trabajando)*. ¿Qué hay?

TERESA.—¿Están durmiendo aún la siesta los señores?

MARÍA.—¿Ha venido alguna visita?

TERESA.—No; hay novedades... Mire... *(Entra llevando una explendida canastilla de flores.)*

MARÍA.—*(Asustada.)* ¡Jesús! Entrelo en mi habitación, que papá no se entere... Ya sabe usted que ayer, cuando trajeron el primer ramo, prohibió que aceptáramos otro.

TERESA.—Ya lo sé, pero estaba subida en la escalera para colocar el estandarte cuando trajo un chico el ramo, y al querer devolvérselo había ya echado á correr, dejándolo en el suelo. Es hermosísimo... y si usted no se enfadara, casi aseguraría que el señor teniente...

MARÍA.—Calle, y obedezca.

TERESA.—Está bien. Quería preguntarle á usted si he colocado bien el estandarte.

MARÍA.—*(Se acerca á la ventana, mira y hace una señal afirmativa con la cabeza).* Si, si, está bien.

TERESA.—Las calles están llenas de guirnaldas, banderas y colgaduras... mejor adornadas que cuando el natalicio del Emperador... y todo por una fiesta musical. Señorita, ¿qué significa una fiesta musical? ¿Es mejor que una fiesta de cantantes?

MARÍA.—¡Si!

TERESA.—¿Más aristocrática?

MARÍA.—¡Si!

TERESA.—*(Respetuosamente).* Ya... ¡si es más aristocrática!... *(Llaman á la puerta.)*

MARÍA.—Adelante. *(Entra Max.)*

TERESA.—¡Ah! *(Riendo.)* Ahora puedo dejar las flores ¿no es cierto? *(Váse).*

ESCENA II.

MARÍA y MAX; luego TERESA.

MARÍA.—Ya ha hecho usted una de las suyas.

MAX.—María, no entiendo...

MARÍA.—¿Por qué me ha mandado usted esas flores?

MAX.—¿Yo?... ¡Me extraña la pregunta, cuando sabe usted que no puedo pasar de los ramos de violetas de medio marco! ¡no

llega á más mi haber. No tengo nada que ver yo con esas flores.

MARÍA.—¿Ni con las de ayer?

MAX.—Tampoco.

MARÍA.—*(Tirando del cordón de la campanilla. Entra Teresa.)* Eche usted esas flores á la basura.

TERESA.—¿Cómo? Si son tan hermosas...

MARÍA.—Tiene usted razón. *(Dirigiéndose á Max.)* El Pastor en caso semejante diria: «Si los bienes de Dios no nos procuran alguna alegría, debemos hacer lo posible para que beneficien á los demás.» ¿No hablaría así?

MAX.—Probablemente.

MARÍA.—Entregue usted las flores al jardinero. *(Teresa hace una señal afirmativa.)* Dígale que las venda si puede y que lo que den por ellas, lo entregue al Pastor Hefterding, para el Hospital.

TERESA.—¿Iré ahora mismo?

MARÍA.—Cuando esté preparado el café, que serviré yo misma. *(Váse Teresa.)* Creo, Max, que no he de esforzarme en demostrarle que no he dado derecho á nadie para que me mande flores.

MAX.—Lo sé, María.

MARÍA.—Nada había dicho hasta ahora porque creí que usted las mandaba. ¡Con lo furioso que se puso papá, no quisiera yo ser del que las manda si cayese en sus manos!

MAX.—¿Y cree usted que saldría bien de las mías?

MARÍA.—¿Y con qué título se atrevería usted?

MAX.—*(Con ternura y tomándole las manos.)* ¡María!...

MARÍA.—*(Soltándose y con dulzura.)* Le suplico, Max, que no diga más; usted conoce mis

sentimientos, y por lo mismo debemos ser prudentes.

MAX.—Ser prudentes... *(Suspirando.)*

MARÍA.—Usted sabe mejor que yo que en la sociedad en que vivimos, estamos sujetos los unos á los otros y que todos dependemos de la buena opinión en qué nos tienen los demás. Si unas flores anónimas podrían dar motivo á que mi nombre anduviese en lenguas, calcule usted lo que pasaría si usted...

MAX —*(Pensativo y abstraído.)* Ya...

MARÍA.—*(Dándole un golpecito en la espalda)* ¿Quiere usted probar una vez más si mi tia Francisca quiere prestar la caución?

MAX.—Lo he probado ya.

MARÍA.—¿Y qué?

MAX.—*(Encogiéndose de hombros)* Mientras viva, no quiere soltar un céntimo.

MARÍA.—No hay más que uno que pueda ayudarnos.

MAX.—Su padre.

MARÍA.—¡Qué disparate! No le descubra usted nada, porque sería capaz de prohibirle la entrada en casa.

MAX.—¿Y qué mal hay en ello?

MARÍA.—¡No sabe usted cómo se ha vuelto desde el día en que marchóse Magda! Su idea fija es que ha de borrar la mancha que ha caído en su nombre. Y ahora ha recrudecido su mal, porque las actuales fiestas le recuerdan á Magda.

MAX.—¿Y si Magda volviese?

MARÍA.—Han pasado doce años... *(Llorando.)* ¡No volverá!

MAX.—¡María!

MARÍA.—Tiene usted razón; ¡fuera lágrimas, fuera recuerdos!

MAX.—Y volviendo á lo que importa, ¿quién podría ayudarnos?

MARÍA.—¿Quién? El Pastor.

MAX.—Ya... El Pastor.

MARÍA.—El lo puede todo y sabe apoderarse cómo nadie de los corazones. Además, aquí se le trata como si fuese de la familia. Ya sabe usted que tenía que ser mi cuñado.

MAX.—Si... pero Magda...

MARÍA.—No hable usted más de Magda, que seguramente habrá pasado muchas penas. (*Suena la campanilla.*) ¡Oh! Será él...

MAX.—No, no. Olvidaba decirla á usted que el consejero Barón Keller me ha rogado que hoy le presentara á ustedes.

MARÍA.—Y ¿qué quiere de nosotros?

MAX.—Quisiera formar parte de la junta benéfica que preside su señor padre. Quizás quiera también asistir á la sesión que se celebrará mañana.

MARÍA.—(*Entra Teresa y entrega á María una tarjeta.*) Voy á despertar á papá. (*Dirigiéndose á Teresa.*) Que pase. (*Váse Teresa.*) En mi ausencia, haga usted los nonores de la casa. (*Estrecha la mano á Max.*) Después continuaremos hablando de lo del Pastor.

MAX.—¿A pesar de tener que ser prudentes? (*Sonriendo.*)

MARÍA.—¡Adiós! (*Váse.*)

ESCENA III.

MAX y el Barón KELLER.

MAX.—(*Se adelanta Max y da la mano al Consejero.*) Querido Barón, por algunos instantes tendrá usted que contentarse con mi compañía.

KELLER.—Con mucho gusto. Nuestros conve-

cinos se han salido de sus casillas, con motivo de las actuales fiestas Por las trazas hoy parece que esta ciudad forma parte del mundo civilizado.

MAX.—Creo que le doy un buen consejo advirtiéndole que no suelte en público semejante apreciación.

KELLER.—No he dicho nada malo. Ha interpretado usted mal mis palabras, y sentiria que se propagase tal error ..

MAX.—Pierda cuidado, que por mi no se propagará.

KELLER.—Si, ya sé que hubiera sido preferible no conocer poblaciones mejores.

MAX.—¿Cuánto tiempo estuvo usted ausente?

KELLER.—Los cinco años que duró mi carrera, y después el tiempo que duraron las comisiones gubernativas. Ahora ya estoy de vuelta y nuevamente acostumbrado á la vida de este país. Bebo nuestra cerveza, me visten nuestros mejores sastres, cómo casi siempre en la mesa de las personas más distinguidas, y eludo todo género de diversiones. ¡Que duda cabe que la juventud, las mujeres y los viajes son cosas hermosas y sugestivas!, pero el mundo ha de ser gobernado, y para ello se necesitan hombres serios ¡También, mi querido amigo, sonará para usted la hora fatal! Después de los devaneos juveniles llegan los años de la seriedad, y cuando uno aspira á la dirección de los asuntos eclesiásticos...

MAX.—¡Ah!... ¿usted?...

KELLER —Acaricio esta idea. Con franqueza, quiero ponerme en contacto con los círculos religiosos. En la conferencia que dí hace pocos días sobre las necesidades morales de los obreros modernos, expresé mi manera de ver la cuestión. Me permitirá que le diga

que estoy orgulloso de la asociación que preside el jefe de esta casa.

MAX.—*(Con ironía).* Hace tiempo que pudo usted sentir ese orgullo.

KELLER.—Perdone usted si soy susceptible en exceso, pero me parece que en sus palabras encuentro un reproche

MAX.—Nada de eso... Mas si me permite usted una observación, le diré que parece que evitaba usted frecuentar las casas en que hubiera podido encontrar á la familia de mi tio.

KELLER.—Prueba todo lo contrario mi presencia aquí.

MAX.—Es verdad; y por lo mismo, le hablaré francamente; usted ha sido la última persona que ha encontrado á mi prima Magda después que abandonó la casa paterna.

KELLER —*(Turbado.)* ¿Cómo?

MAX.—Y sé que usted mismo lo contó cuando mi amigo Hedebrand estudiaba en la Academia Militar. ¿También la encontraron usted y él en Berlín?

KELLER.—¡Ah! sí... es cierto... sí...

MAX.—Quizás he hecho mal en no interrogarle concretamente respecto al particular; pero usted comprenderá perfectamente que el temor de oir algo desagradable para la familia de mi tio me impidió hacerlo.

KELLER.—¡Oh! ¡no, no! ¡Quién piensa en semejante cosa! El hecho es sencillísimo. Cuando estudiaba en Berlín, llamóme un día la atención una linda joven que atravesaba la calle de los Tigres y que me recordaba una de mis paisanas. Ya sabe usted que resultan agradabilísimos tales encuentros. Aquella mujer era Magda, con quién sostuve corto diálogo. Díjome que estudiaba el canto y que quería dedicarse al teatro,

por cuya razón había abandonado la casa paterna.

MAX.—Pues era falso, porque ella dejó esta casa para irse con una señora anciana en calidad de dama de compañía. Primero se indispuso con mi tía, su madrastra, y esto dió lugar á serias disensiones con su padre.

KELLER.—Se trataba de un matrimonio, ¿no es cierto?

MAX.—Justamente; y mi tio, que apoyaba resueltamente al pretendiente, dijo sólo estas palabras á su hija: *Obedece ó vete.*

KELLER.—¿Y ella se fué?

MAX.—Sí, pero la ruptura completa con su familia se verificó un año después, cuando escribió que quería ser artista lírica. ¿No ha sabido usted más de ella desde aquella fecha?

KELLER.—¡Oh! No.

MAX.—¿No?

KELLER.—La veía de tarde en tarde, alguna vez en el teatro de la Opera.

MAX.—Y de su manera de vivir, ¿no sabe usted absolutamente nada?

KELLER.—*(Encogiéndose de hombros.)* ¿Tampoco usted ha podido indagar más?

MAX.—Nada más. De todos modos, le estoy agradecido, y le suplico que, en presencia de mi tio, no aluda usted nunca á nuestra conversación, porque el nombre de Magda no se pronuncia jamás en esta casa.

KELLER.—Aunque usted no me lo hubiese advertido, guardaríame de caer en semejante falta de delicadeza.

MAX.—¿Qué cree usted que ha sido de ella?

KELLER.—¡Quién sabe! La carrera lírica es como una lotería: pierden diez mil y gana uno. Entre tantos que se arruinan, pocos

alcanzan la gloria. Son muy raras las que llegan á *étoiles*.

ESCENA IV

Los mismos, SCHWARTZ y la Señora SCHWARTZ.

SCHWARTZ.—*(Dando la mano á Keller.)* Bienvenido á mi casa, señor Barón. *Presentando.)* El señor Consejero, Barón Keller. Mi mujer

SRA. SCHWARTZ.—Le suplico que tome asiento.

KELLER.—No me hubiera atrevido, señora, á aspirar al honor de ser presentado, si no me hubiese impulsado á ello el vivísimo deseo de tomar parte en las obras cristianas y benéficas que aquí, en esta casa, como todo el mundo sabe, tienen su centro. Espero que el fin excusará mi temeridad.

SCHWARTZ.—¡Por Dios, señor Barón, usted nos honra en exceso! El verdadero centro está en casa del Pastor Hefterding, que es quien lo mueve y dirige todo

SRA. SCHWARTZ.—¿Le conoce usted, señor Barón?

KELLER.—Le he oído predicar algunas veces, señora, y he de confesar que admiro la profundidad de sus convicciones tanto como la fe que tiene en la humanidad. Pero lo que más me asombra es la influencia que ejerce sobre las conciencias.

SRA. SCHWARTZ.—¡Oh!... Lo comprenderá usted pronto. Su procedimiento es tan simple, que, ciertamente, á primera vista, nadie creería que resultara eficaz. ¡Qué hombre! ¡Es un verdadero apóstol!

SCHWARTZ —Por lo que toca á nosotros... yo le presto mi dèbil apoyo siempre que lo necesita. Nada más natural que un soldado

ponga á disposición del Altar sus gastadas energías Porque... ambas cosas van siempre juntas, ¿no es cierto?

KELLER.—Es usted todo un hombre.

SCHWARTZ.—Lo fuí. Diez años há, cuando me dieron el retiro, era aún un hombre fuerte. ¡Parece que estoy viendo cómo temblaba en mi presencia el regimiento! ¿No es cierto, Max?

MAX.—¿Manda usted, querido tío?

SCHWARTZ —A ustedes no les ha pasado lo que á mí, que prematuramente he visto agotadas mis fuerzas, y, como complemento he sufrido un ataque apoplético. *(Levantando la mano derecha.)* Fíjese usted: aún tiembla mi mano. Era casi un cadáver cuando mi venerable y buen amigo Hefterding, con el trabajo y la oración, me enseñó el camino de la nueva juventud, que seguramente yo no hubiera sabido encontrar.

SRA. SCHWARTZ.—No le crea usted, señor Barón; si él no tuviese la manía de rebajar sus méritos, de seguro que sería apreciado de otro modo, aun en las esferas más elevadas.

KELLER.—¡Oh, señora! Su marido es conocido y venerado en todas partes.

SCHWARTZ —*(Satisfecho.)* ¿Sí? ¿De veras? ¡No; fuera la vanidad!... ¡la maldita vanidad..... un veneno que corroe hasta los huesos!

SRA SCHWARTZ.—En este caso, será pecado mortal el desear un poco de aprecio.

KELLER.—¡Oh!..

SCHWARTZ.—¿Qué es el aprecio? Para tí, por ejemplo, consistiría en poderte exhibir al lado de Su Excelencia el gobernador, ó bien en ser invitada cuando vienen aquí las personas reales.

SRA. SCHWARTZ.—Ya sabes tú que el destino

no me ha deparado nunca semejante fortuna.

SCHWARTZ.—Bueno, perdóname. Veo que te has disgustado, y podía haberlo evitado.

SRA. SCHWARTZ.—Calcule usted, señor Barón, que la señora Levi, la de los asilos infantiles, fué recibida por Su Majestad, y yo no logré tal distinción.

KELLER.—*(Con aire compasivo.)* ¡Ah!...

SCHWARTZ.—*(Acariciando la cabeza de su mujer.)* ¡Oh, pobre viejecita mía!

ESCENA V.

Los mismos y MARIA.—(Maria entra y trae una bandeja con tazas de café. Saluda sencillamente á Keller, que está de pie, inclinando la cabeza.

SCHWARTZ.—Señor Barón Keller, mi hija, mi única hija.

KELLER.—Ya he tenido el honor...

MARÍA.—No puedo darle la mano, señor Barón, pero, en cambio, puedo ofrecerle una taza de café.

KELLER.—*(Le sirven café, y después cortésmente:)* Veo que me tratan ustedes como á un antiguo conocido, y se lo agradezco en el alma.

SCHWARTZ —Si dependiera de nosotros, pronto pasaría usted á la categoría de amigo. Y no lo digo por galantería, sino porque le conozco á usted, señor Barón, y en estos tiempos en que se aflojan todos los lazos morales, es doblemente necesario que aquellos hombres que quieran defender la antigua tradición, la vida patriacal, se unan y...

KELLER —Palabras muy sabias, que ya no se repiten en nuestra sociedad, donde las ideas

modernas lo han transformado y empequeñecido todo.

SCHWARTZ.—¡Las ideas modernas! En los pueblos donde se conserva pura nuestra raza, allí donde se crian los soldados valerosos de la patría no se discute eso del atavismo, ni de los derechos individuales. Allí nadie se preocupa de las ideas modernas ni pueden fructificar donde germinan el valor y la hidalguía. Fíjese usted en esta casa. En ella no ha entrado el lujo; á lo sumo, notará usted un poco de buen gusto y de *confort.* Y no obstante, si viera usted esos muebles antiguos y descoloridos, reflejándose en ellos los pálidos rayos del sol cuando camina á su ocaso, hallaría usted quizas en ellos cierta misteriosa poesía y comprendería usted que entre tantas antiguallas se oculta la verdadera felicidad... *(Keller hace un signo afirmativo.)* ó por lo menos, que podría hallarse aquí.

MARÍA.—*(Corriendo hacia él.)* ¡Papá!

SCHWARTZ.—Hija mía. Ya vé usted que en esta casa reina todavía la autoridad paterna... ¡Será esto también una antigualla! Pero es y será así mientras yo viva.. ¿Acaso soy un tirano?

MARÍA.—¡No, papá, no; tú eres muy bueno!...

SRA. SCHWARTZ.—Sí, muy bueno.

SCHWARTZ.—¿Acaso no vivimos los tres felizmente?... Los tiempos y las ideas modernas destruyen la paz del hogar, incitan á los hijos á la rebelión, siembran la desconfianza entre los conyuges y acabarán por arruinarlo todo.

KELLER.—¡Oh, señor coronel! Creo que exagera usted algo; que es usted pesimista... *(Mirando el reloj.)* Siento tener que abandonar tan agradable compañía.

SCHWARTZ.—¿Se va usted ya?

KELLER.—Me esperan... Señora... Señorita... Señor Coronel. (*Max saluda y le sigue.*)

SCHWARTZ.—Saluda á mi regimiento, Max. (*Salen Keller y Max.*)

ESCENA VI.

SCHWARTZ, Señora SCHWARTZ y MARÍA.

SRA. SCHWARTZ.—El Barón es una persona amabilísima.

MARÍA.—Demasiado amable.

SCHWARTZ.—¡María!... (*Pausa.*) Dame la pipa. (*María arregla la pipa y la entrega á su padre. Suena la campanilla. María sale.*)

ESCENA VII.

Los mismos, KLEBEN, BERKMANN y MARÍA.

KLEBEN.—Saludo á las señoras...

SRA. SCHWARTZ.—Bienvenido, señor General.

KLEBEN.—¿Y cómo estamos hoy, mi querido coronel? Bien, ¿verdad? ¿Y usted María? ¿Ha preparado usted ya nuestra partida de whist?.. Hoy hemos llegado con algún retraso Nos entretuvo la muchedumbre que estaba festejando á los héroes de la fiesta musical. ¡No debieran permitirse tales excesos! Cuando hemos ido á buscar al maestro, hemos tenido que pasar por delante del Hotel del Aguila. Allí estaba estacionada una multitud de curiosos, que esperaba á la diva con la misma ansiedad que se espera á un personaje de la casa reinante. ¡Valientes badulaques! ¿Y cómo se llama esa diva?

BERKMANN.—¡Bien se vé que el general no está

hoy de muy buen humor cuando ignora el nombre de la diva!

KLEBEN.—Mal naipe tendremos hoy, el profesor empieza regañándonos!

BERKMANN.—Pero usted, general, ¿no conoce á la *Dell'Orto*, la gran intréprete italiana de nuestro coloso, de Wagner? Le aseguro á usted que podemos felicitarnos de que haya podido tomar parte en la fiesta.

KLEBEN.—¡Ah, sí! ¿Qué hubiera pasado si no llega á venir? ¿Cree usted que se hubiese hundido el cielo? Pues yo opino de manera bien distinta... Es más; créo que los que vivimos dentro de la verdadera moral, debemos alejarnos de esas fiestas. Pero el gobernador ha empezado por recibirla y dar un té en honor de la diva... Hemos llegado al colmo. ¿Qué apostamos á que no adivinan ustedes quien estaba allí, frente al Hotel, entre la estúpida muchedumbre?... ¡Pues, el Pastor!

SCHWARTZ.—¿El Pastor?

KLEBEN.—Sí, señor; el Pastor en persona.

SCHWARTZ —Es extraño...

KLEBEN.—Y pregunto yo: ¿qué hacían allí aquellos curiosos? ¿Cuál es el objeto de la fiesta?

BERKMANN.—Mé parece que rendir culto á la belleza y á los ideales de la Nación... *(Mientras se desarrolla el presente diálogo, el coronel y el profesor jugarán una partida al whist.)* Usted dá. El arte realza los sentimientos morales del pueblo, señor general.

KLEBEN.—Pues yo creo que el arte es una invención para los enervados, para los que á nada hubieran llegado siendo soldados de la patria y que con su *arte* alcanzan fama

y renombre ¡El arte! ¡Valiente cosa!... ¡Tengo el as!

SCHWARTZ.—Va todo. *(Suena la campanilla.)*

ESCENA VIII.

Los mismos, FRANCISCA, luego el PASTOR y MARIA.

KLEBEN.—¡Ah, señora Francisca! *(Aparte.)* Ya se acabó el juego.

SCHWARTZ.—¡Quiá! La mandaremos al jardín.

FRANCISCA.—¡Ah! Dejadme que respire. *(Se deja caer en un sillón dando muestras de emoción.)* No se moleste usted por mi, general. *(Entra el Pastor.)*

KLEBEN.—¡Demonio! ¿También el Pastor?

PASTOR.—*(Saluda á todos.)* Felices, señores.

KLEBEN.—Mi querido Pastor ¿Y de cuándo acá corre usted detrás de las cantantes?

PASTOR.—¿Yo?.. Ah, si. Pues ya ve usted señor general, es mi nueva ocupación.

SCHWARTZ.—Ocupación que no le impedirá jugar con nosotros una partida.

PASTOR.—Lo siento; señor coronel, pero hoy no puede ser; tengo precisión de hablar con usted al momento.

SCHWARTZ.—Luego hablaremos cuanto usted quiera.

FRANCISCA.—¡No por Dios! Se trata de un asunto importantísimo.

SCHWARTZ.—¡Ah! ¿Está también mi cuñada en el secreto?

KLEBEN.—Siendo así, nosotros debemos romper filas.

SRA. SCHWARTZ.—Podrán ustedes pasar un rato en el jardín. María les acompañará.

KLEBEN.—Bueno, conformes.. *(Dirigiéndose al Profesor.)* Vamos, querido filósofo. La seguimos á usted María. *(Salen María, el general y el Profesor.)*

ESCENA IX

SCHWARTZ, SRA. SCHWARTZ, PASTOR y FRANCISCA.

SCHWARTZ.—¿Qué ocurre?

FRANCISCA.—Permitidme un momento. ¿No veis cuán agitada estoy? Dadme antes un vaso de agua. *(La señora Schwartz se lo dá.)*

PASTOR.—Prométame usted, señor coronel, que permanecerá tranquilo oiga lo que oiga... Este momento es decisivo para usted.

SCHWARTZ.—Pero ¿de qué se trata?

PASTOR.—Su señora cuñada se lo dirá á usted mejor que yo.

FRANCISCA.—Sí, voy á decírselo... ¡Qué día, Dios mío!.. Hoy puedo vengarme de vosotros... Me habéis molestado varias veces, y hoy puedo pagároslo como una buena cristiana. Cuñado mío, dame la mano. María *(á la Sra. Schwartz)*, dame también tu mano.

PASTOR.—Dispenseme usted, señora, pero entiendo que su cometido es demasiado serio para que...

FRANCISCA.—*(Sentimental.)* No me interrumpa usted, señor Pastor, ¡estoy tan conmovida!... Anoche estuve en el palacio del gobernador. Unicamente estaban invitados los altos empleados y la aristocracia. ¿No fuisteis invitados vosotros?

SCHWARTZ.—*(Irritado.)* No.

FRANCISCA.—Dispensadme, no queria ofenderos con la pregunta. ¡Estoy tan conmovida!... Me puse el traje de seda amarillo con adornos negros... y cuando entré en el salón... ví... *(Llora.)*

SCHWARTZ.—¿Qué viste?

FRANCISCA.—¡Ví... ví... á vuestra hija Magda!

SCHWARTZ.—*(Se levanta agitado: el Pastor le sostiene: la señora Schwartz dá un grito. Pausa.)* ¡A Magda! ¿Es cierto?...

PASTOR.—Es verdad.

SCHWARTZ.—Magda no es mi hija.

FRANCISCA.—Oyeme, y cambiarás inmediatamente de opinión...

SCHWARTZ.—He dicho que Magda no es hija mía.

PASTOR.—Por lo menos, podrá usted oir lo que ha sido de ella.

SCHWARTZ.—*(Confuso.)* ¡Sí, puedo oirlo! *(El Pastor señala á Francisca que hable.)*

FRANCISCA.—El gran salón de palacio estaba espléndido... Mis ojos buscaban alguna cara conocida, cuando apareció el gobernador dando el brazo á una señora...

SRA. SCHWARTZ.—¿Del brazo de Su Excelencia?

FRANCISCA.—Sí, daba el brazo á una señora, alta, esbelta, con cabellera de azabache; pasó con ella por entre una doble fila de curiosos, que parecía que esperaban que les dirigiese la palabra como si fuese Su Majestad la Reina. Estaba yo embobada, contemplando su elegantísimo vestido, y preguntándome quién podría ser aquella dama ilustre, cuando. ¡calculad mi asombro!, reconozco á Magda... ¡á vuestra hija!...

PASTOR.—Lo que acaba usted de oir, señor coronel, es la pura verdad.

SCHWARTZ.—Sí usted lo dice. *(Levantando las manos en actitud de súplica.)* ¡Bendigamos al Señor, que no ha permitido que se perdiese!

SRA. SCHWARTZ.—Pero, ¿qué ha sido de ella?

¿Por qué motivo le prodigan tantos honores?

PASTOR.—En el extranjero la consideran como una gran artista y es conocida en el mundo teatral con el nombre de Magdalena *Dell'Orto.*

SRA. SCHWARTZ.—¿Has oído, Leopoldo? La célebre cantante de quien se hacen lenguas todos los periódicos, es Magda, es nuestra hija.

SCHWARTZ —Magda no es mi hija.

FRANCISCA.—¡Oh!. . no tienes corazón. Sigue mi ejemplo. Recuerdo que Magda me molestó siempre que pudo, y en cambio yo se lo he perdonado todo, absolutamente todo.

SRA. SCHWARTZ.—Piensa que el propio gobernador le ha dado el brazo.

SCHWARTZ.—Puedo aseguraros que hubiera preferido cien veces más, verla pobre y miserable arrastrarse á mis pies, implorando mi perdón, porque entonces hubiera estado seguro de que en lo íntimo de su corazón no había olvidado ni un momento que era mi hija... ¿Por qué ha venido? Creo que el mundo es muy ancho para sus triunfos y que no tenía necesidad de venir á conquistarlos en esta mala capital de provincia Pero ha querido demostrar á su padre hasta donde puede llegarse en el mundo cuando se han hollado los más santos deberes ¡Orgullo y vanidad, eso es todo!

PASTOR.—(*Severo y con dignidad.*) No sé, señor coronel, qué sentimiento le impulsa en este instante para hablar así. Su corazón de padre no puede inspirarle semejantes palabras, y casi estoy por afirmar que es

usted quien se deja llevar de la obstinacion y de la vanidad.

SCHWARTZ.—¡Señor Pastor!

PASTOR.—No debe usted incomodarse conmigo, señor coronel; á nada conduciría. Cuando debo decir una verdad, no retrocedo nunca. La vanidad parece que es el único sentimiento que le inspira á usted. Cualquiera creería que le ha molestado que su hija haya sabido conquistarse una reputación sin la voluntad paterna. Su soberbia de usted quisiera tener que perdonarle algo, y le molesta no hallarlo. Ha dicho usted, que hubiera querido verla llegar como una mujer perdida. ¿Se atrevería usted á querer justificar ante Dios tan punible deseo? *(Pausa.)* No, mi querido amigo... Ha dicho usted muchas veces que yo soy su conciencia. Deje usted que lo sea de veras siquiera una vez

FRANCISCA.—¡Si la hubieses visto entrar! (*El Pastor indica á Francisca que se calle.*)

SCHWARTZ.—¿Ha hecho acaso la menor tentativa para aproximarse á la familia? ¿Ha demostrado sentir el más pequeño afecto hacia el hogar? ¿Quién puede responderme de que la mano que le tienda no sea despreciada con insolente altivez?

PASTOR.—Yo asumo esta responsabilidad.

SCHWARTZ.—¿Usted, que fué la primera víctima de su obstinación y de su orgullo?

PASTOR.—*(Con embarazo.)* Ha invocado usted un hecho que no debería recordar.

ESCENA X

Los mismos, MARIA y TERESA llevando una canastilla de flores.

MARIA.—¡Papá... papá!... Oye lo que dice Teresa... ¡Ah! ¿Estorbo quizás?

SCHWARTZ.—¿Qué hay?

MARIA.—Que hoy también me han mandado flores, y cuando las han devuelto al jardinero, ha dicho que las mandaba una señora. Como no sabemos quien es ni podemos devolvérselas, Teresa las ha guardado.

PASTOR.—¿No le han dicho á usted qué aspecto tenía la desconocida señora?

TERESA.—Ha dicho el jardinero que era una señora que parecía extranjera, alta y muy elegante.

PASTOR.—(*A Schwartz*) ¿No quería usted una prueba de afecto?

SCHWARTZ —(*Mirando las flores.*) ¿Son suyas?

SRA. SCHWARTZ.—¡Deben costar un dineral!...

MARIA.—Teresa, cuéntelo usted todo.

PASTOR.—Diga, diga cuanto sepa.

TERESA.—¡Si el señor Pastor lo manda!... Al entrar en casa, me detuvo el portero, y me dijo que al anochecer había parado delante de la puerta un coche en el cual iba una señora. Como nadie se apeaba de él se acercó el portero á la portezuela para preguntar qué se ofrecía; pero, en aquel instante, la señora dijo unas palabras, y el coche salió á escape...

PASTOR.—Está bien, Teresa. (*Vase Teresa.*) María, dispénseme usted, pero la ruego que nos deje solos un momento.

MARIA.—(*Con ansiedad.*) Señor Pastor... ¡Papá!... ¡papá, tú no sabes quién es esa señora!

SCHWARTZ.—No, no lo sé todavía.

MARIA.—(*Dando un grito.*) ¡Magda!... ¡Magda está aquí! (*Arrodillándose.*) Tú la perdonarás, papá. ¿no es cierto?

SCHWARTZ.—Levántate, hija mía. ¡Tu hermana está muy por encima de mi mezquino perdón!

PASTOR.—Pero no está por encima de su amor.

MARIA.—¡Dios mío, Magda ha vuelto!... ¡Dios mío! (*Abraza á la señora Schwartz.*)

FRANCISCA.—¡Oh, por Dios, dadme un vaso de agua! ¡Estoy conmovida!

PASTOR.—¿Está usted resuelto? Su silencio significa que no quiere usted verla.

SCHWARTZ.—Sí. no quiero verla.

PASTOR.—¿Y si á la hora de su muerte siente usted el deseo de de ver á la hija que ha perdido? ¡Ah. si entonces tiene usted que decirse: «Llamó á mi puerta y yo se la cerré!»

SCHWARTZ.—(*Casi vencido.*) ¿Qué quiere usted de mí? ¿Debo humillarme ante la que huyó de mi casa?

PASTOR.—No, no debe usted humillarse. ¡Yo iré á buscarla!

SCHWART.—¿Usted?

PASTOR.—He esperado delante del Hotel para convencerme de que su cuñada no se había engañado... A las cuatro menos cuarto salió Magda en coche.

MARIA.—¿Usted la viò?

PASTOR.—El concierto habrá empezado á las cuatro, y ya debe estar terminando... La esperaré en el Hotel, y la diré que será bien recibida en esta casa. ¿Puedo hacerlo?

MARIA.—¡Sí, papá, sí!

SCHWARTZ.—¿Puede usted jurar que ningún sentimiento egoista ni de vanidad guía sus pasos?; ¿que lo hace usted en nombre de la Religión y de nuestro Redentor?

PASTOR.— Puedo jurarlo; y que Dios me ayude!...

SCHWARTZ.—Siendo así, ¡cúmplase la voluntad del Señor! (*Maria da un grito de alegría; el Pastor estrecha efusivamente la ma-*

no de Schwartz). ¡Comprendo cuánto sufrirá usted en este horrible trance, y toda la extensión de su sacrificio! Su juventud perdida, su amor despreciado, sus ilusiones muertas!...

PASTOR.—¿A qué recordar lo que ya pasó? Deje usted que ahora cumpla con mi deber restituyendo una hija perdida al hogar paterno. ¡Adiós! *(Sale el Pastor; María abraza á su padre.)*

TELÓN

ACTO SEGUNDO

La misma decoración del acto anterior. Hora las seis de la tarde.

ESCENA PRIMERA

MARIA y TERESA

TERESA.—¿Señorita?
MARIA.—(*Desde la ventana.*) ¿Qué quieres?
TERESA.—¿Prepararé la mesa para la cena?
MARIA.—Aún no.
TERESA.—Son ya las seis y media.
MARIA.—Eran las seis cuando fué... El concierto debía haber terminado... ¡No querrá venir!
TERESA.—¿Vendrá alguien á comer, señorita?
MARIA.—No, no... Oye, Teresa, vé al jardín á recoger dos ramos de flores.
TERESA —Mire usted que es casi de noche.
MARIA.—Es verdad .. Bueno; puedes marcharte.
TERESA.—¿Voy por las flores ó no voy?
MARIA.—No, gracias; no vayas.
TERESA.—(*Aparte.*) ¡Qué le pasa!

ESCENA II

MARIA y la señora SCHWARTZ

SRA. SCHWARTZ.—Mira, Mariita, me he puesto la otra cofia... ¿Te parezco bien...?

MARIA.—Sí, mamá... sí.

SRA. SCHWARTZ.—Y tía Francisca ¡aun no ha vuelto!

MARIA.—No...

SRA. SCHWARTZ.—¡Ay! ¡Hemos olvidado á los señores, que están en el jardín..y el general que es tan susceptible!... y tu papá se ha encerrado en su cuarto, y no quiere ver ni oir á nadie... ¡Y el Pastor no vuelve!... ¡Oye, María!... si te preguntase...

MARIA.—¿Quién?

SRA. SCHWARTZ.—¡Oh!, Magda...

MARIA.—¿Qué, mamita?

SRA. SCHWARTZ.—¿Verdad que yo no soy una madrastra para tí?

MARIA.—Claro que no, mamita mía.

SRA. SCHWARTZ.—En otro tiempo no podía acostumbrarme á ver á mi lado á dos *hijas grandes*, pero ahora todo ha cambiado. ¿No es cierto que nos queremos mucho, hija mía?...

MARIA.—Sí, mamá, sí, nos queremos muchísimo. *(La besa).*

ESCENA III

Dichas y FRANCISCA

FRANCISCA.—*(Entrando.)* ¿Estorbo?

SRA. SCHWARTZ.—No, hija. ¿Qué ha dicho el general?

FRANCISCA.—¿Qué queríais que dijera? ¡Que le habéis dado un buen plantón!—Para olvidarme hora y media, exclamó, es necesario que ocurra algo extraordinario.

MARIA —Cuando sepa de lo que se trata....

SRA. SCHWARTZ.—¿Se ha resentido?...

FRANCISCA.—La verdad es que tenía motivo. ¡Menos mal que yo he procurado excusaros!....

SRA. SCHWARTZ.—Te lo agradezco mucho.

FRANCISCA.—Sí, ya sé que soy la cenicienta de la casa, pero cuando se trata de lo que afecta á mi familia, aunque creáis que para nada sirvo, demuestro que os quiero... y que tengo un gran corazón.

MARIA.—Pero, ¿quién te ha dicho lo contrario, querida tía?

FRANCISCA.—Sí, ahora hablas así, pero antes, cuando me has visto conmovida, ni tú, ni nadie, se acordó de mí.

MARIA.—*(Cariñosa.)* ¡Tía!

FRANCISCA.—Pero, mientras viváis...

SRA. SCHWARTZ —¿Qué quieres decir?

FRANCISCA.—¡Que no podréis olvidar que hoy os he devuelto á vuestra hija!

SRA. SCHWARTZ.—Aun no.

FRANCISCA.—Yo os la he devuelto... y ella me lo ha agradecido dignamente apreciando mi perdón en todo lo qne vale. ¡Porque la he perdonado! ¡Se lo he perdonado todo!...

ESCENA IV

Dichos y TERESA

MARIA.—¿Qué hay, Teresa?

TERESA.—¡Señorita!... El coche...

MARIA.—¿Qué coche?

TERESA —El de ayer tarde. .

MARIA.—*(Con interés.)* Está aquí... Está aquí... *(Corre hacia la ventana.)* ¡Mamá, mamá, está aquí el coche! .. *(Gritando desde la puerta de la izquierda.)* ¡Papá, papá! Ven enseguida... ven, por Dios, papá. *(Sale Teresa.)*

ESCENA V

FRANCISCA, MARIA, Sra. SCHWARTZ y SCHWARTZ.

SCHWARTZ.—¿Qué ocurre, qué queréis?
MARIA.—*(Conmovida.)* ¡Magda! El coche...
SCHWARTZ.-*(Va hacia la ventana.)* ¡Dios mio!...
MARIA.—Mira, papá, mira como asoma la cabeza por la portezuela, y como se fija en nuestras ventanas. *(Con las manos en ademán de súplica.)* ¡Papá, papá!
SCHWARTZ —*(Furioso)* ¿Qué pretendes, qué quieres? ..
MARIA.—*(Temerosa.)* Yo .. nada... *(Llòra.)*
SCHWARTZ.—*(Después de una pausa.)* Comprendo lo que queréis decirme: Ha estado en la puerta de tu casa, y no la has gritado: ¡entra!
MARIA.—¡Papá mío!...
SRA. SCHWARTZ.—¡Leopoldo!...
MARIA.—¡Que va á marcharse, papá!...
SCHWARTZ.—No, no se marchará... Vamos...

ESCENA VI

FRANCISCA y MARIA

MARIA.—Cuánto tardan en llegar.. *(Gritando.)* ¡Magda! ¡Magda!, no te vayas.
FRANCISCA.—Por Dios, no grites así.
MARIA.—Ya llegan... Se apea del coche... ¡Papá la estrecha en sus brazos!... *(Abraza á Francisca llorando.)*
FRANCISCA.—Es natural, tu padre no podía ya resistirse habiéndola yo perdonado...

ESCENA VII

Dichos, MAGDA, SCHWARTZ y señora SCHWARTZ. — Magda viste espléndido traje de baile y riquísimo abrigo Cubre la cabeza con un tul. Al entrar, da un grito de alegría y se echa en brazos de María.

MAGDA.—¡Mariita de mi alma! ¡Pobre tesoro mío! ¡Qué crecida y qué hermosa! (*La besa impetuosamente y la sienta á su lado, mirándola fijamente y con cariño.*) ¿Por qué estás tan pálida?

SCHWARTZ —¡Magda!

MAGDA.—Es verdad... (*Se levanta.*) ¡Perdonadme! ¡Pobre padre mío!... ¡Cómo te han blanqueado la cabeza los pícaros años! (*Cogiéndole la mano.*) ¿Pero qué tienes? ¡Tu mano tiembla!...

SCHWARTZ.—(*Retirando vivamente la mano.*) Nada... nada..

MAGDA —Los años te han embellecido y te han dado un aspecto tan vulnerable que no me canso de mirarte... Me siento orgullosa de tener un papá como tú. (*Pausa. Indicándole á María.*) ¡A esa debierais cuidarla mejor, está muy pálida!... (*María niega con la cabeza.*) Me parece un cuento de hadas, verme de nuevo entre vosotros, al lado de la familia. Ha sido una idea magnífica la de haber ido á buscarme sin pedirme explicaciones... *Senza complimenti*... porque ya hemos dado por completo al olvido las chiquilladas de otros tiempos... ¿No es cierto, papaito?

SCHWARTZ.—¿Eh? ¡Chiquilladas!...

MAGDA.—Supongo que no me tacharéis de orgullosa, puesto que he llamado humildemente á vuestra puerta lo mismo que nuestra perrita cuando quería entrar... ¡Y

á propósito! ¿Qué ha sido de «Milady»? ¡Su sitio está vacío! ¿Dónde está? *(Llama silbando á la perrita.)*

SRA. SCHWARTZ.—Murió hace más de siete años.

MAGDA. — ¡Oh!, *poveretta*!... (*A la señora Schwartz.*) Ya olvidaba... ¡Cuidado que estás bien ahora, sin aquellos ligeros rasgos de juventud que te quitaban esta severidad de matrona!... ¡Me dan ganas de reposar la cabeza sobre tus rodillas como si fuese un *bebé*!... ¿Te acuerdas cuando nos pasábamos la vida peleando?... ¡Yo era una fierecilla intratable! ¡Tú no te quedabas atrás! Pero hoy afortunadamente, luce el ramo de olivo en esta casa, y no debemos hacer otra cosa que amarnos como buenas amigas, ¿verdad?...

FRANCISCA.—*(Que ha intentado varias veces llamar la atención de Magda.)* A mí también me querrás mucho, ¿verdad, Magda?...

MAGDA.—*¡Tiens, tiens!* ¿Tú también aquí?... ¡Siempre vivaracha!... ¡Siempre siendo el sostén de la familia, eh?....

FRANCISCA.—¡Qué cosas tienes!

MAGDA.—Déjate de *cosas*, y démonos amigablemente la mano. (*Se dan la mano.*) ¿Amigas, eh?... Yo. francamente nunca te he podido resistir, ni tú á mí, ya lo sé, pero ahora debemos enmendarnos... aunque quizás nos sea difícil... ¡Lo tenemos en la sangre...! ¡en la sangre!

FRANCISCA.—¡Y pensar que yo te lo había perdonado todo!...

MAGDA.—¡Oh, grandeza de alma!... ¿Me lo habías perdonado todo, ¡todo!. de golpe y sin hacer ninguna excepción? Hasta el haberme indispuesto con mi madrastra... y...

¡vale más que no hablemos!... Sí, *meglio tacere! meglio tacere!*

MARIA.—¡Magda!

MAGDA.—¡Sí, querida mia, sí, ya no digo nada más!...Y ahora dejadme que vea todo eso... ¡Todo está lo mismo!... ¡Nada ha cambiado!... ¡Hasta el polvo es el mismo!...

SRA. SCHWARTZ.—Dispensa, Magda, pero no encontrarás polvo en ninguna parte...

MAGDA.—Lo creo, mamita. No quería decir eso... ¡Doce años sin dejar huella! ¡Si habré soñado durante todo este tiempo!. .

SRA. SCHWARTZ —¿Tendrás mucho que contarnos, Magda?

MAGDA.—(*Impetuosamente.*) ¿Cómo?... (*Pausa*). Veremos... Ahora desearía... ¿qué desearía?.. Estar sentada tranquilamente unos momentos... ¡Cuando pienso que antes mi mundo estaba reducido á estas cuatro paredes!...

SCHWARTZ.—¡Un mundo. hija mía, del cual no debiera, ó mejor dicho, no debe nadie separarse nunca!... Espero que siempre lo habras recordado.

MAGDA —¿Qué quieres decir?... ¿Es un reproche?... ¡Ah, sí, comprendo; es simplemente una observación! ¡Qué tonta soy!...(*Pausa.*) ¡Pobre papá! Nuestra dicha será, desgraciadamente, muy breve.

SRA. SCHWARTZ —¿Por qué?

MAGDA.—¿Acaso creéis que soy libre como los pájaros? Pues soy todo lo contrario. Soy una esclava, feliz solamente cuando siento la amenaza del látigo.

SCHWARTZ.—¿Esclava de quién? ¿Qué látigo?

MAGDA.—No puedo explicároslo. No conocéis mi manera de vivir, y, aun cuando la conociérais, no la comprenderíais... Y ahora, ¡adiós!.

MARÍA.—¡No, Magda, no te vayas aún!...

MAGDA.—Sí, Mariita, sí. Me esperan ya algunas personas que han solicitado verme. Pero esta noche, monina mía, te vendrás conmigo. ¿Quieres?... ¿Verdad que permitiréis que pase conmigo la noche?

SCHWARTZ.—¿Qué quieres dicir? ¿Dónde quieres llevarla?

MAGDA.—Al Hotel.

SCHWARTZ.—¡De modo, que no quieres hospedarte en esta casa: no quieres permanecer á nuestro lado?

MAGDA.—¡Imposible, papá! Viene toda una corte conmigo.

SCHWARTZ.—Supongo que para eso que llamas corte habrá sitio suficiente en la casa de tus padres.

MAGDA.—¡Quien sabe!, porque llevo gentes de todas procedencias. Primero, mi loro *Bobó*, un animal adorable. Ese no molesta gran cosa. Después, mi camarera, *Giulietta*, un diablillo, pero no puedo vivir sin ella. Además, mi criado, un verdadero tirano, el terror de los fondistas. Y, finalmente, mi severísimo maestro de canto.

FRANCISCA.—¿Que será seguramente un señor anciano?

MAGDA.—*(Con ironía.)* ¡No. Todo lo contrario. Es un *señor* muy joven.

SCHWARTZ.—¿Has olvidado citar á la señora de compañía?

MAGDA.—¿Qué señora de compañía?

SCHWARTZ.—No puedes viajar con un joven sin que te acompañe...

MAGDA.—¡No te inquietes por eso! *¡Puedo!...* Tranquilízate, *puedo*. En mi mundo, no se repara en tales pequeñeces.

SCHWARTZ.—Y ¿qué mundo es ese?

MAGDA.—El mundo en el cual impero como absoluta soberana.

SCHWARTZ.—Pero tú eres muy joven aún, y en muchas circunstancias necesitarás... quien te dirija, y quien te aconseje.

MAGDA.—Nadie tiene el derecho de dirigirme ni de aconsejarme, querido papá.

SCHWARTZ.—Yo sí. ¡Teresa! *(Llamándola.)*

TERESA.—*(Desde la ventana.)* Mande usted, señor.

SCHWARTZ —*(Habtando desde la puerta.)* Vaya usted al Hotel, y que traigan el equipaje de la señorita.

MAGDA. —*(Humildemente.)* Perdona, papá, pero olvidas que es necesario que yo lo ordene.

SCHWARTZ.—¿Cómo?... Sí... tienes razón!; había olvidado... ¡Ve con Dios, vete!...

MARIA.—¡Magda!..

MAGDA —*(Tomando el abrigo.)* ¡No te entristezcas, monina mía!... Mañana comeréis conmigo.

SRA. SCHWARTZ.—¡Nosotros también!..

MAGDA.—¿Por qué no? Me gusta más veros en mi casa.

SCHWARTZ.—En un Hotel.

MAGDA.—¡Claro, querido papá! No tengo otra casa.

SCHWARTZ.—¿Y ésta?

MARÍA.—*(A Magda.)* ¿Ves cómo le has ofendido?

ESCENA VIII

Dichos y el PASTOR.—Entra y queda sorprendido.

MAGDA. — *(Mirándole con los impertinentes.)* ¡Ah, también éste!... Señor Pastor...

SRA. SCHWARTZ.—*(Al Pastor.)* Magda quiere abandonarnos ya.

PASTOR.—No sé si la señorita me reconocerá...

MAGDA.—¡Puede usted dudarlo? *(Con ironía.)* Y como ya he visto á todos... *(Hace ademán de querer marcharse.)*

SCHWARTZ.—*(Aparte al Pastor.)* Procure usted lograr que permanezca aquí.

PASTOR.—¡Yo! Si usted no ha p dido, ¿cómo quiere usted que yo logre...?

SCHWARTZ,—Inténtelo al menos.

PASTOR.—*(Con embarazo á Magda.)* Perdone usted, señorita, si soy inoportuno; quisiera que me concediese usted unos minutos de atención.

MAGDA.—¿Y qué es lo que tenemos que decirnos, señor Pastor?

SRA. SCHWARTZ.—Accede, Magda. El señor Pastor está al corriente de las interioridades de esta casa.

MAGDA.—(*Con ironía.*) ¿De veras?

MARÍA.—Hazlo por mí. Magda.

MAGDA.—*(Acaricia á María y después de una pausa:)* Bien. Estoy á las órdenes de usted, señor Pastor.

FRANCISCA.—¡Ah! Ahora le hablará al alma.

SCHWARTZ.—*(Al Pastor.)* Por usted fué arrojada de esta casa; hoy debe usted procurar que permanezca en ella.

PASTOR.—¡Señor Coronel!

SCHWARTZ.—¡María! *(Salen todos.)*

ESCENA IX

MAGDA y el PASTOR.

MAGDA.—*(Se sienta, sin quitarse el abrigo, y mirando fijamente al Pastor murmura:)* He aquí un hombre que quiere torcer mi voluntad con un coloquio de pocos minutos. *(Alto.)* Le creen á usted capaz de convencerme, y eso me hace suponer que es us-

ted en esta casa, lo que un soberano en sus dominios .. Vamos á ver. Puede usted empezar á hacer uso de todo su arte, ó mejor dicho, de todas sus artes.

PASTOR.—Señorita, yo no entiendo de artes, y aun cuando entendiese, no me permitiría... Si aquí me honran con su confianza, lo hacen porque saben que nunca pido nada para mí.

MAGDA.—No siempre fué así, señor Pastor, ¿no es cierto?

PASTOR.—No, señorita; una sola vez en mi vida he tenido el deseo sincero de hacerla á usted mi esposa. No tengo más que mirarla ahora para convencerme de lo ridículo y estúpido de mi pretensión. Desde entonces, me he habituado á no desear nada.

MAGDA.—Cualquiera creería, señor Pastor, que me está usted haciendo la corte.

PASTOR.—Si no fuese descortesía...

MAGDA.—Prosiga usted. Un Pastor de almas tiene también el deeecho de ser descortés alguna que otra vez.

PASTOR.—Pues la compadecería á usted, deplorando el ambiente malsano en que se agita.

MAGDA.—¿Sí? ¿Y qué sabe usted de ello?

PASTOR.—*(Con autoridad.)* Señorita, no debe usted olvidar que los hombres serios, y respetables, deben ser tratados en serio.

MAGDA.—Pues bien; hablando seriamente, diré á usted que me fué siempre profundamente antipático, con su estudiada sencillez y su santa clemencia; pero desde el momento en que se dignó dirigir sus miradas hacia mí, obligándome casi á abandonar la casa paterna, porque no quise decidirme á aceptar su mano, desde aquel momento le odio á usted.

PASTOR.—Pues yo creía que me guardaría usted

cierta gratitud, ya que mi loca pretensión ha sido la causa de su engrandecimiento.

MAGDA.—En esto tiene V. razón; aquí me hubiera consumido lentamente. Ya no le odio á usted. ¿Por qué odiarle ahora? El pasado está ya muy lejos... Ustedes han vivido, día tras día, en la atmósferá tibia de esta habitación, saturada de olor á tabaco y de esencias repulsivas, mientras yo he recibido en pleno rostro el viento de las tempestades. Si usted, señor Pastor, tuviera la más remota idea de lo que es la vida en que me agito, de lo que cuesta, de lo que halaga subir á lo alto y recibir los homenajes de las muchedumbres; si usted lo pudiera comprender, vería claramente que en este momento resulta cómica su misión sacerdotal en nuestro coloquio. (*Ríe estrepitosamente.*) ¡Oh, *pardon!* Seguramente, hace más de doce años que no ha resonado aquí una carcajada tan espontánea; porque en esta casa honrada y tranquila nadie sabe reir, ¿verdad?

PASTOR.—Desgraciadamente, aquí nadie puede reir.

MAGDA.—Y los que pueden, lo creen un pecado. Usted por ejemplo, ¿qué motivos tiene para empeñarse en ver el mundo bajo un aspecto tan lúgubre y desconsolador? Usted en su casa de fijo tendrá una discreta esposa, rubia y regordeta, que cuidará con solicitud de los asuntos domésticos y mimará mucho á sus hijos.

PASTOR.—Soy soltero, señorita.

MAGDA.—¡Ah! Perdone usted entonces.

PASTOR.—Dejemos este asunto...

MAGDA.—¿Y su misión no le proporciona ciertos goces?

PASTOR.—Sí, los de alabar á Dios. Pero el ver-

dadero ministro del Señor no vive su propia vida, y la vista de tantos corazones enfermos, que yo no puedo curar, mata en mí toda alegría.

MAGDA.—Es usted un hombre extraño, y de una raza para mí desconocida... ¡Si pudiese alejar de mí la sospecha de que todo ello no es más que *pose!*...

PASTOR.—¡Oh! ¿Me permite usted que la haga una pregunta antes de que se marche?

MAGDA.—Diga usted.

PASTOR.—Apenas hace una hora que esta usted en esta casa, porque yo no la he aguardado tanto.

MAGDA.—¿Aguardarme usted? ¿Dónde?

PASTOR.—En el corredor del Hotel.

MAGDA.—¡Ah! Quizás quería usted conducirme á esta casa. ¿Usted al cual... yo...? Si alguno debía tener interés en alejarme, era usted.

PASTOR.—¿Pero usted está acostumbrada á considerar cuanto la rodea como el resultado de un interés egoísta?

MAGDA.—Ciertamente. Yo también soy asi. *(Luego, tras otra pausa:)* O bien... Usted ahora... No quiero hacer semejante suposición... ¡Cosas que no exísten, cuentos de niños! ¡La historia del hombre imaginario! Pues bien, lo confieso, señor Pastor, me gusta usted más ahora que cuando *me hizo el honor*, ¿no se dice así?, de pedir mi mano.

PASTOR.—¡Hum!

MAGDA.—Si supiera usted responderme con una sonrisa... Pero su tiesura me desconcierta... me produce una *malaise*... No sé cómo decirlo, *je ne trouve pas le mot.*

PASTOR.—Perdone usted señorita, pero, ¿me

permite usted que le haga ahora la pregunta?

MAGDA.—¡Dios mío! Cuidado que es curioso ese santo... Pero dígame, ¿no ha reparado que estoy coqueteando con usted? ¡Siempre es lisonjero para las mujeres haber influído en el destino de un hombre!... ¡Bueno! Ahora soy yo quien va á usar de los recursos artísticos... Formule usted su pregunta... Adelante.

PASTOR.—¿Por qué ha vuelto usted á esta casa? ¿No ha sido efecto de la nostalgia?

MAGDA.—No... Es decir, quizás algo. Le diré á usted. Cuando recibí en Milán la invitación para concurrir á esta fiesta, empezó á agitarse dentro de mí un sentimiento extraño, mezcla de curiosidad y de temor, que parecía decirme: «Ve á tu país natal y, aprovechando la oscuridad de la noche, colócate delante de la casa en la cual viviste diez y siete años bajo la férula paterna, y allí enorgullécete de tí misma, y si acaso te reconocieran, pruébales que fuera de su severa disciplina se puede llegar á ser algo grande.»

PASTOR.—¿También vanidosa?

MAGDA.—Al principio, sí; pero después, durante el viaje, he sentido que el corazón se agitaba dentro del pecho, como de niña, cuando no sabía la lección. ¡Casi siempre las aprendía mal!... Luego, cuando me hallé frente al Hotel, al gran Hotel, donde se han hospedado siempre los generales y las estrellas del arte lírico, me parecía que sentía aún el antiguo respeto por las viejas tradiciones, ¡como si yo no fuese digna de atravesar aquellos umbrales... y olvidando por completo que yo soy también una *ètoile!*... No sé á qué es debido ni que fuerza

superior me impulsa á ello, pero la verdad es que todas las noches, silenciosa, venía á contemplar esas ventanas, conmovida, humilde y arrasados en lágrimas mis ojos.

PASTOR.—¡Y, á pesar de todo lo dicho, quiere usted marcharse!

MAGDA.—Es necesario.

PASTOR.—Pero ..

MAGDA.—No me interrogue usted: es necesario.

PASTOR.—¿Han herido quizás su amor propio? ¿Se profirió alguna palabra de perdón?

MAGDA.—¡Oh, no faltaba más!

PASTOR.—Pues no puedo imaginar lo que la impele á abandonar esta casa... que no hace una hora...

MAGDA.—Quiero decírselo á usted. Siento, desde que llegué aquí, que la autoridad paterna ha echado sus redes para aprisionarme, y que ya está de nuevo preparando mi yugo.

PASTOR.—¡Oh, no! Aquí no hay redes ni yugo: aquí no hay más que brazos abiertos para recibir en ellos á la hija perdida.

MAGDA.—¡No, no, perdone usted! ¡No quiero hacer el *pendant* al hijo pródigo! Si hubiese vuelto como una hija perdida, no me hallara aquí con la frente muy alta, sino de rodillas ante ustedes... Yo no puedo, no quiero, no debo olvidarlo... *(Con calor.)* Y por eso no tengo familia, ni casa, ni...

ESCENA X.

Dichos, Sra. SCHWARTZ y después MARIA

PASTOR.—¡Silencio!...

SRA. SCHWARTZ.—Perdone usted, señor Pastor; quería saber... para la cena... *(Suplicando y dirigiéndose á Magda, que oculta la cara*

con las manos.) ¿No querrás aceptar un puesto en la mesa de tus padres?

PASTOR.—No la interrogue usted ahora...

SRA. SCHWARTZ.—Creía...

PASTOR.—Más tarde..

MARÍA.—*(Desde la puerta.)* ¿Se queda? *(La señora Schwartz sale, llevándose á María.)*

ESCENA XI.

MAGDA y el PASTOR

PASTOR.—¿Acaba usted de decir que no tiene familia? ¿Ha oído á esa pobre vieja con qué cariño la suplicaba? El temblor de la voz de María, ¿no le ha demostrado que era producido por la emoción y el temor de que tampoco pueda yo lograr lo que todos ansían? Todos me creen capaz de convencerla, y no saben que ningún poder ejerzo sobre usted... Allí, detrás de aquella puerta, están tres seres, con la fiebre de la angustia y del amor, pendientes de los labios de usted. Y ¿pretende usted aún no tener una casa y una familia?

MAGDA.—Tengo una casa, pero no es ésta.

PASTOR. — Pues debe usted quedarse con mayor motivo.

MAGDA.—*(Entristecida).* Aquí no me retiene ningún deber.

PASTOR.—¿No? ¿Ninguno? Entonces tendré que hablarle de cierto día, hace ya once años, en que fuí llamado apresuradamente á esta casa, porque el coronel estaba moribundo. Cuando entré, le ví rígido, cadavérico; quería hablar, pero sus labios balbucientes chocaban el uno con el otro ain articular palabra.

MAGDA.—¿Qué había ocurrido?

PASTOR.—Había recibido una carta en la cual

su hija mayor le manifestaba que rompia todos los lazos que la ligaban á la famiila.

MAGDA.—¡Oh, Dios mío!

PASTOR.—Pasaron muchos días antes de que se resolviera la terrible crisis! Aun hoy un ligero temblor de su brazo derecho recuerda...

MAGDA.—Y yo, ¡yo fuí la causa!..

PASTOR.—¡Oh!, ¡si esto fuese todo, Magda!—Dispénseme usted que la haya nombrado como en otro tiempo. La consecuencia necesaria, no se hizo esperar. Cuando recibió el retiro sus facultades mentales sufrieron tremenda sacudida...

MAGDA.—¡Y todo por mi culpa!

PASTOR.—Entonces empezó, señorita, mi obra, y si hablo de mí, no crea que lo haga para vanagloriarme. Poco a poco le he curado y he confortado su alma. Le dí dinero para administrar haciéndole coloborar en los institutos benéficos de que soy director; un hospital, una cocina para los pobres, una casa para los inválidos, y así he logrado volverle de nuevo á la vida. También he procurado influir en el ánimo de su madrastra, logrando que desapareciera todo rencor entre ella y María, entrando de nuevo el amor y la confianza recíproca en esta casa.

MAGDA.—*(Perpleja).* Y ¿por qué ha hecho usted todo eso?

PASTOR.—En primer lugar, porque esa es mi misión; después por ese pobre y viejo amigo... y sobre todo por usted... *(Movimiento de Magda.)* No debiera decirlo, pero usted me obliga á ello; si, por usted, porque pensaba: «Llegará un día en que ella vuelva, quizás triunfante, tal vez vencída, con la ruina en el cuerpo y la

desesperación en el alma. Perdone usted si pensaba así, pero nada sabía de usted. En un caso, ó en otro, la hija debe hallar este hogar preparado para recibirla.....» Esta ha sido mi obra, la obra de muchos años; creo, pues, que puedo suplicarle á usted que no la destruya en un momento.

MAGDA.—*(Con gran emoción.)* Si supiera usted lo que se agita dentro de mí, no se obstinaria en hacerme quedar.

PASTOR.—Lo comprendo todo, si, pero aqui está su nido.

MAGDA.—¿Cómo es posible que pueda olvidar?

PASTOR.—¿Por qué resiste usted cuando todos le tienden los brazos? Tenga usted el valor de amar, ya que de amor le habla todo lo que la rodea.

MAGDA.—*(Llorando.)* ¡Dios mío!... Me convierte usted de nuevo en una niña.*(Pausa)*

PASTOR.—¿Se queda usted, no es cierto?

MAGDA.—*(Levantándose resuelta.)* Pero que nadie me interrogue...

PASTOR.—¿Acerca de qué?

MAGDA.—Acerca de mi vida pasada. ¡Nadie en esta casa la comprendería! ¡Ni usted!

PASTOR.—Perfectamente.

MAGDA.—¿Me lo promete usted, en su nombre y en nombre de todos?...

PASTOR.—¿En nombre de los demás?... Si, se lo prometo.

MAGDA.—Entonces... Llámelos usted.

ESCENA XII

Dichos, MARÍA, SCHWARTZ, Señora SCHWARTZ, y FRANCISCA.

PASTOR.—*(Abriendo la puerta.)* ¡Se queda! *(María profiere un grito de alegría, y corre*

á abrazar á Magda; la Sra. Schwartz hace lo propio.)

SCHWARTZ.—Has cumplido con tu deber, hija mía.

MAGDA.—*(Cogiendo con cuidado la mano derecha de su padre y besándola con efusión.)* ¡Sí, papá!

FRANCISCA.—¡Alabado sea Dios! Al fin comeremos. *(Abre la puerta del comedor; la mesa estará puesta é iluminada por una lámpara con pantalla verde)*

MAGDA.—*(Mirando la lámpara.)* ¡Mira, mira, aún está allí la lámpara! *(Las mujeres se dirigen al comedor; Schwartz estrecha la mano del Pastor.)*

SCHWARTZ —Es un triunfo que pertenece á usted por completo, querido Pastor.

PASTOR.—No tanto... Hay una condición...

SCHWARTZ.—¿Una condición?

PASTOR.—No debemos interrogarla acerca de su pasado...

SCHWARTZ —¡Cómo! ¿Qué yo no debo?...

PASTOR.—No, no la interrogue usted... ¡ella misma confesará!... *(Dirígense Schwartz y el Pastor al comedor. En el momento de sentarse todos á la mesa, telón.)*

TELÓN

ACTO TERCERO

La misma decoración. En la mesa de la izquierda, una cafetera, tazas, azucarera, etc., etc.

ESCENA PRIMERA

La Señora SCHWARTZ, FRANCISCA y luego TERESA.

SRA. SCHWARTZ.—*(Agitada.)* ¡Gracias á Dios! Llegas oportunamente.

FRANCISCA.—¿Qué ha pasado?

SRA. SCHWARTZ.—¡Casi nada! Esta mañana se han presentado un caballero, que parecía un principe, y una señora que tenía trazas de princesa. ¿Y sabes quiénes eran? Pues los criados de Magda.

FRANCISCA.—¡Qué despilfarro!

SRA. SCHWARTZ.—¡Oh! Y hablan, gritan, lo revuelven todo y no conocen ni una pala-de nuestro idioma. La *señorita* especialmente parece que está en su casa... y manda y ordena. Primero, ha hecho preparar un baño caliente, que no encontró bastante caliente. Luego una ducha fría, que no encontró bastante fría... y qué sé yo cuántas cosas á cual más rara ha pedido.

FRANCISCA.—Y Magda ¿dónde está ahora?

SRA. SCHWARTZ.—Después del baño y de la ducha, se acostó de nuevo.

FRANCISCA.—¡Oh! Yo no le permitiría semejantes rarezas.

SRA. SCHWARTZ.—*(Entra Teresa).* ¿Qué hay?

TERESA.—El señor Barón Keller manda á preguntar por el señor teniente y pide, al mismo tiempo, la contestación de la señorita.

SRA. SCHWARTZ.—¿De qué señorita?

TERESA.—No sé.

SRA. SCHWARTZ.—Contéstele usted que mi sobrino no está aquí y que salude al señor Barón. *(Váse Teresa.)* ¡Estás oyendo qué estrepito! Con seguridad que la *madama* y el criado están haciendo de las suyas. ¿Qué crees tú que toma Magda para desayunarse?

FRANCISCA.—¿Café?

SRA. SCHWARTZ.—No.

FRANCISCA.—¿Té, quizá?

SRA. SCHWARTZ.—Tampoco.

FRANCISCA.—¿Chocolate?

SRA. SCHWARTZ.—Café y chocolate mezclado.

FRANCISCA.—¡Qué porquería!... Pues mira, no debe ser malo.

SRA. SCHWARTZ.—Ayer trajeron seis mundos y aún quedan otros tantos en el Hotel... ¡Cuánta ropa, Dios mío! Uno sólo para los sombreros. Y luego medias con bordados de oro. Y las camisas, ¿de qué crees que son?

FRANCISCA.—No sé.

SRA. SCHWARTZ.—Asómbrate. ¡De seda!

FRANCISCA.—¿De seda? ¡Oh! ¡Eso es pecado!

ESCENA II

Dichas y MAGDA.

MAGDA.—*(Viste magnifica toilette de mañana. Desde dentro.) Ma che cosa volete voi? Perché non aspettate, finché vi commando?..... (Cerrando la puerta enérgicamente.)* ¡Oh!

Buenos días, mamita. Soy muy dormilona, ¿eh? Buenos días tia Francisca.

SRA. SCHWARTZ.—¿Qué quería aquel señor francés?

MAGDA.—Nada... Quería saber cuándo parto. ¡Qué sé yo! ¿Verdad, *ma petite mére*? ¡Ah, si supierás lo bien que he dormido!... En cuanto apoyé la cabeza en la almohada, me quedé dormida lo mismo que cuando tenía quince años. Esta mañana la ducha me ha sentado admirablemente. Siento una elasticidad y una fuerza... *Allons, cousine. Hop lá. (Cogiendo á Francisca y dando vueltas con ella.)*

FRANCISCA.—¡Pero, Magda!

MAGDA.—¿Eh?

FRANCISCA.—Nada, esto no es mujer, ¡es un torbellino!

ESCENA III

Dichas y MARIA, que entra con el desayuno.

MAGDA.—¡Oh! El desayuno... ¡Magnífico!

MARIA.—Buenos días. *(Besa á Magda)*

MAGDA.—*(Sirviéndose el café.)* ¡Magnífico!..... Bien se ve que lo ha preparado *Giulietta*.

FRANCISCA.—¡Pues no ha enredado poco al prepararlo!

MAGDA.—No gastéis cumplidos con ella. Si abusa podéis tirarle el servicio á la cabeza. No lo extrañará; está ya acostumbrada. Y papá, ¿por dónde anda?

SRA. SCHWARTZ.—Ha ido á visitar á los señores del comité para excusarse.

MAGDA.—Lo mismo que antes; papá se pasa la mitad de la vida excusándose. ¿Qué clase de comité es ese?

SRA. SCHWARTZ —El de la asociación cristia-

na y mútuo socorro. Debía reunirse aquí esta noche; pero hemos desistido, porque no fueran á sospechar que buscábamos la coyuntura para presentarte.

FRANCISCA.—Sí, pues precisamente por eso mismo pueden creer que dais más importancia á vuestra hija que á....

MAGDA.—Y espero que será así...

SRA. SCHWARTZ —¡Quién lo duda!... ¡No puedes imaginarte cómo son esos señores ceremoniosos y exigentes, especialmente el general Kleben y su señora!... *(Con énfasis.)* Vienen con mucha frecuencia.

MAGDA.—*(Con ironía.)* ¿Sí?...

SRA. SCHWARTZ. — Probablemente vendrán mañana. Ya los conocerás, lo mismo que á otras damas distinguidas. Creo que has de serles simpática.

MAGDA.—Querrás decir que crees que me serán simpáticas.

SRA. SCHWARTZ.—Sí, eso quise decir. (*Van á salir la señora Schwartz y María.*)

MAGDA.—No, quédate tú, Mariita.

SRA. SCHWARTZ.—Tus baúles están todavía en el Hotel, y voy á mandar...

MAGDA.—Bueno; manda que los traigan (*Vase la señora Schwartz.*)

FRANCISCA.—*(Con afectación.)* Y ahora, querida Magda, vas á contarme detalladamente....

MAGDA.—Pero ¿no vas á ayudar á mamita?

FRANCISCA.—*(Reprimiendo el despecho.)* Si tú lo mandas...

MAGDA.—No, querida, no hago más que pedírtelo.

FRANCISCA.—Pero pides las cosas con demasiada energía,

MAGDA.—*(Sonriendo.)* ¿Sí?... *(Francisca se va.)*

ESCENA IV

MAGDA y MARÍA

MAGDA.—Estás triste... Acércate á mí. ¿Qué tienes, monina mía? A tu edad, es poco divertida esta casa, ¿verdad? Y tú, corderilla, tienes que doblegar siempre tu voluntad. ¡Pobrecita! *(Pensativa.)* Yo también tuve que doblegarme ayer de un modo vergonzoso... *(Cambiando de tono.)* ¡Pero mamita es buena! *(Fijándose en el retrato.)* ¡También aquélla debía serlo mucho! Tú no te acuerdas. ¡Yo tampoco! Murió demasiado pronto. Y papá, ¿dónde está? Quisiera verle... casi le tengo miedo... *(Cambiando de tono.)* ¡Ven á confesarte conmigo!...

MARIA.—No, Magda, no...

MAGDA.—Veamos, enséñame ese medallón.

MARIA.—Toma.

MAGDA.—*(Abriéndolo.)* ¡Un teniente! ¡Es natural!... ¡En nuestro mundo siempre es un tenor!

MARIA.—No te burles, Magda. Este es mi porvenir.

MAGDA.—Y ¿cómo se llama tu porvenir?

MARIA.—Max, nuestro primo.

MAGDA.—¡Ah! Y... ¿por qué no te casas con él? Es muy buen chico.

MARIA.—La tía se opone; dice que puedo aspirar á algo mejor... Y, como ella es la que debe prestar la caución que Max...

MAGDA.—Y ¿hace mucho que os amáis?

MARIA.—No lo creerás si te lo digo.

MAGDA.—¡Ya!... Y ¿dónde os veis?

MARIA.—Aquí.

MAGDA.—No; á solas quiero decir.

MARIA.—¿A solas? No tenemos nada secreto que decirnos.

MAGDA.—¡Eres un ángel!... Ven acá...; acércate más. Háblame sinceramente. ¿No se te ha ocurrido nunca marcharte con el hombre á quien amas... lejos muy lejos, á cualquier parte, pero los dos solos?

MARIA.—No, Magda, nunca se me ha ocurrisemejante cosa.

MAGDA.—Pero ¿darías por él la vida?

MARIA.—¡Ah, sí, mil que tuviese!

MAGEA.—¡Pobre monina mía! *(Con rabia.)* ¡Oh! ¡Lo destruyen todo, todo! De la más perfecta y hermosa de las pasiones, del amor, solo queda entre su letal ambiente una estéril resignación: ¡morir!

MARÍA.—¿Qué dices?

MAGDA.—¡Nada, hija mía, nada!... Dí, ¿á cuánto asciende la caución que Max debe acreditar para poder casarse?

MARÍA.—¡Oh! A diez y seis mil marcos.

MAGDA.—Y ¿cuándo quieres unirte á él? ¿Enseguida, enseguida... ó podemos almorzar antes?

MARIA.—¡Por Dios, Magda, no te burles!

MAGDA.—Nada de burlas. Supongo que me concederás el tiempo preciso para telegrafiar... aquí no tengo tanto dinero.

MARÍA.—*(Comprendiendo la intención de su hermana, se arrodilla, le besa la mano y exclama gozosa:)* ¡Magda!...

MAGDA.—*(Levantándola y besándola.)* Sé muy feliz, ama mucho á tu marido y á tus hijos, y cuando presentes á tu hijo mayor al mundo, acuérdate de... *(Cambiando de tono.)* ¡No llores, monina, no llores, ó vamos á hacer entre las dos un duo muy triste!...

ESCENA V

Dichas y el PASTOR.

MAGDA.—¡Ah! ¿Es usted? Me alegro. Quisiera hablarle.

PASTOR.—¡Se halla usted bien, por lo visto, en el hogar paterno!

MAGDA.—Sí; y me hallaría mejor aún si pudiera suprimir las tías viejas y regañonas.

MARÍA.—¡Por Dios, Magda!... (*Magda la da un abrazo, y se va María.*)

ESCENA VI

MAGDA y el PASTOR.

PASTOR.—¿Su papá no está en casa?

MAGDA.—No... Aún no le he visto. Anoche estuvimos hablando juntos largo rato; le conté cuanto podía contarle; pero me parece que está preocupado como si quisiera indagar lo que de mí ignora; como si le costara mucho trabajo mantener su promesa.

PASTOR.—¿Es eso un reproche? Espero que no se arrepentirá usted.

MAGDA.—No, amigo mío, no me arrepiento, pero no sé lo que pasa por mí. Experimento una sensación honda y dulce á la par; parece que el acendrado sentimentalismo alemán quiere renacer dentro de mi alma, cuando yo creía haberlo desterrado por completo. Sé muy bien que en cuanto quiera puedo volver á ser tan libre é independiente como antes de llegar á esta casa; pero tengo miedo...

PASTOR.—¡Miedo! ¿De qué?

MAGDA.—Yo no debí venir nunca á esta casa... Aqui soy una intrusa. Bastaría que mos-

trase entre esas viejas paredes uno solo de los aspectos con que soy conocida en el mundo, para destruir este sentimental idilio. Sin que sepa explicármelo, siento que mi carácter desaparece, para dar cabida á otra clase de ideas.

PASTOR.—¿Se avergüenza usted del cariño filial?

MAGDA. — ¡Cariño filial! ¡Quisiera colocar aquella cabeza ennoblecida por las canas sobre mis rodillas, para acariciarla, para rejuvenecerla con el calor de mis besos, diciéndole: «Viejecito mío, eres un viejo niño á quien amo con locura, pero no puedo someterme á tí!...» ¡Yo no me someto! ¡No me he sometido nunca! ¡Mi solo deseo es ahogarlo todo, acallarlo todo con el canto!... ¡Cuando canto, vivo!...Y, ¡ay del que quiera resistirme, porque acabaré por esclavizarle; haré de él un juguete!... Son tonterías, lo sé, pero usted comprenderá perfectamente lo que quiero decir.

PASTOR.—Quiere usted imponer siempre su personalidad, ¿no es cierto?

MAGDA.—Sí, siempre; á usted quiero decírselo todo, porque, á pesar de su ingenuidad, es usted sagaz é inteligente. Su corazón se comunica con los demás corazones y los domina y subyuga. Sé que no obra usted para vanagloriarse de su poder que hasta parece usted ignorar y esto lo encuentro hermoso y consolador. (*Como hablando consigo misma.*) Los hombres son como fieras; ¡odiados ó amados!...; ¡es lo mismo! El amor es una lucha horrible, ¡y sin embargo, no podemos prescindir de él, porque la sed de amor la llevamos dentro, arde en nuestras venas! En usted me parece ver á un ser excepcional, una criatura humana,

entre tantas fieras, y yo, á su lado, siento que me le parezco algo!... La primera impresión que usted me produjo fué la de un hombre vulgar, vulgarísimo; pero, después, he encontrado en usted algo superior, demasiado grande, excesivamente elevado para mi...

PASTOR.—¡Oh, señorita Magda!

MAGDA.—No sé cómo explicarlo; veo en usted un sacrificio de su propia personalidad, algo que se me impone y que ejerce sobre mi extraordinaria influencia.

PASTOR.—He de confesárselo á usted. Desde ayer, al verla nuevamente, he sentido especial envidia, un deseo de ser como usted.

MAGDA.—¡Ah!, ¡ah! ¿Como yo, usted? ¡El hombre modelo! *(Sonriendo.)*

PASTOR.—Si, poco á poco he debido hacer callar muchas cosas que se agitaban en mi alma. La paz en que vivo es la paz de los sepulcros; y cuando ayer la ví á usted con sus originalidades, con su misma fiereza, con su... grandeza, pensé que yo habría podido ser de aquel modo si la felicidad hubiese animado algo mi existencia.

MAGDA.—¡Si, la felicidad... y la culpa!... Es necesario haber sido culpable para llegar á ser grande. Engrandecernos hasta el extremo de creer que nuestro pecado vale más muchísimo más, que el candor que usted predica.

PASTOR.—¿De qué pecados habla usted? *(Oyense voces dentro.)*

MAGDA.—*(Con inquietud.)* ¡Silencio!

PASTOR.—¿Qué?

MAGDA.—Nada, iba á venderme; un momento de estúpido pesar. ¡Oh!; no por mí, créalo

usted.., por compasión á esos pobres. *(Cogiéndole la mano.)* ¿Es usted amigo mío?

PASTOR. — Mientras tenga usted necesidad de mi.

MAGDA.—Y ¿cuando no le necesite?

PASTOR.—¡Seré siempre el mismo!

ESCENA VII

SCHWARTZ y MAGDA

SCHWARTZ.—Buenos días, querido Pastor. Si va usted al jardín, le sigo al instante. *(Sale el Pastor.)* ¿Has descansado bien, hija mía?

MAGDA.—¡Divinamente! En mi antigua cama he hallado mi sueño de niña.

SCHWARTZ.—¿Acaso lo habías perdido?

MAGDA.—¿Y tú no?

SCHWARTZ.—Ven acá hija mía. *(El coronel quiere sentarla á su lado.)*

MAGDA.—Deja que me sienta á tus pies; que vea tu blanca barba, y recuerde aquellas hermosas noches en que en esta misma actitud nos contabas las más poéticas leyendas.

SCHWARTZ.—¡Oh!, sí, sí, sabes explicarte muy bien. Nosotros no tenemos esa habilidad, pero en cambio tampoco tenemos nada que ocultar.

MAGDA.—Dime con franqueza, ¿qué piensas?

SCHWARTZ.—Voy á decírtelo. ¿Recuerdas la condición que me impusiste por conducto del Pastor?

MAGDA.—Y que tú mantendrás.

SCHWARTZ.—Sé cumplir lo prometido. Pero no puedo ni debo ocultártelo; la sospecha me tortura y me oprime, como si gravitara sobre mi un peso enorme.

MAGDA.—¿Qué sospechas?

SCHWARTZ.—No sé... Te has presentado esplendorosa y llena de honores, pero, á pesar de ello, no has logrado deslumbrar á tu padre. Me parece que has conservado puro tu corazóu, pero veo en tus ojos algo raro, un fondo de tristeza que no me satisface.

MAGDA.—¡Por Dios!

SCHWARTZ.—¡Oh! Y esa misma ternura, esas caricias no son las que debe tributar una hija á su padre: así se acaricia á un niño. A un padre debe acariciársele con respeto...

MAGDA.—Nunca te lo he negado. *(Levantándose.)*

SCHWARTZ.—Sí, lo sé, hija mía. Dentro de poco marcharás lejos muy lejos, no sé dónde, quizá no vuelvas, y si vuelves probablemente ya no me encontrarás...

MAGDA.—¡Oh, no, papá!, ¡no digas eso!

SCHWARTZ.—Sólo una cosa te pido, hija mía, y te lo pido con toda mi alma... que me prepares la paz para la otra vida. Dime solamente que has permanecido pura de cuerpo y de alma.

MAGDA.—He permanecido fiel á mi misma.

SCHWARTZ—Pero... ¿fiel al bien ó al mal?

MAGDA.—A lo que para mi era el bien.

SCHWARTZ.—A... lo... que... para... ti...

MAGDA.—*(Con energía.)* ¡Y ahora te ruego padre mío, que no me tortures más y me dejes gozar estos pocos días, que pasarán demasiado aprisa seguramente!

SCHWARTZ.—¡Oh, sí! Quiero que goces, que seas muy feliz, mucho, aunque me haces padecer cruelmente; pero yo necesito saber .. *(Suena la campanilla y entra precipitadamente la señora Schwartz.).*

ESCENA VIII

Dichos y la Sra. SCHWARTZ.

SRA. SCHWARTZ.—Las señoras del comité están aquí y quieren felicitarte personalmente. Leopoldo, tú debes recibirlas.

SCHWARTZ. — ¿Yo?, no puedo, no puedo. (*Se va.*)

SRA. SCHWARTZ.—¿Qué le pasa?

ESCENA IX

MAGDA, Sra. SCHWARTZ, Sra. KLEBEN, Sra. TUMANN, Sra. ELLRIK y FRANCISCA.

FRANCISCA.—(*Abriendo la puerta.*) Entren ustedes, entren ustedes.

SRA. KLEBEN. — (*Saludando afectadamente.*) Tengo el gusto de felicitarles á ustedes, por que han celebrado las fiestas con un acontecimiento.

SRA. SCHWARTZ.—(*Presentando.*) Mi hija. La señora del general Kleben. La señora del presidente del Tribunal, señor Ellrikv, la señora Tumann.

SRA. KLEBEN. — Mi marido tendrá luego el honor...

FRANCISCA.—¡Pero siéntense ustedes por Dios!

SRA. KLEBEN.—(*Con fría cortesía.*) Siento decirlo, pero no tuvimos el gusto de asistir á la fiesta musical, y no puedo, por lo tanto, expresar mi admiración hacia la señorita.

SRA. TUMANN.—Pueden ustedes tener la seguridad de que no hubiéramos faltado sabiendo que tomaba parte en la fiesta su hija.

SRA. KLEBEN.—¿La señorita piensa permanecer mucho tiempo aquí?

MAGDA.—No sé todavía... ¿señora ó excelencia?

SRA. KLEBEN.—¡Oh, no! *(Con afectación.)*

MAGDA.—Nosotras somos aves de paso, nunca podemos disponer del día de mañana.

SRA. KLEBEN.—Pero es preciso, cuando menos, tener un nido...

MAGDA.—¿Para qué? Lo que precisa tener es un oficio, una profesión. Creo que con esto basta.

FRANCISCA.—Según... según, querida Magda.

SRA. KLEBEN.—Confieso, señorita, que estas ideas son las nuestras. De tarde en tarde vienen aquí algunas señoras á dar conciertos; pero las familias distinguidas no se tratan nunca con ellas.

MAGDA.—¡Naturalmente! Las familias distinguidas no habrán sufrido hambre, de seguro. *(Pausa.)*

SRA. ELLRIK.—Pero ¿la señorita tendrá cuando menos un domicilio fijo?

MAGDA.—¡Oh, sí! Tengo una *villa* en el lago de Como y otra en los alrededores de Nápoles.

SRA. SCHWARTZ.—Hasta ahora no nos lo habías dicho.

SRA. ELLRIK.—La carrera de artista debe ser muy pesada, ¿verdad, señorita?

MAGDA.—Según como se ejerza, señora.

SRA. ELLRIK.—Mis hijas también estudian el canto y las fatiga mucho.

MAGDA.—*(Con ironía.)* ¿Sí? ¡Cuánto lo siento!

SRA. ELLRIK.—Como usted comprenderá, lo estudian por mero pasatiempo, como adorno.

MAGDA.—Sí, una diversión. *(Aparte á la señora Schwartz.)* Despide pronto á esas señoras, ó no podré contenerme.

SRA. ELLRIK.—Y diga usted, señorita, ¿está usted escriturada para algún teatro?

MAGDA.—A veces, señora.

SRA. KLEBEN.—Y ahora ¿está usted *sans engagement*?

MAGDA.—Sí; ahora ejerzo de vagabunda. *(Movimiento de extrañeza de las tres señoras.)*

SRA. KLEBEN.—¿En el teatro no deben abundar las señoritas de familias distinguidas?

MAGDA.—¡Oh! no, señora. Por lo general, las señoritas de familias distinguidas no sirven para el arte. ¡Son demasiado estúpidas!

SRA. SCHWARTZ.—¡Magda!

ESCENA X

Dichas, KLEBEN y MAX.

MAGDA.—¡Oh! Max... *(Corriendo hacia él y dándole la mano.)*

KLEBEN.—*(Besando la mano á la Sra. Schwartz).* Señora, tengo el honor...

SRA. SCHWARTZ.—*(Presentándole.)* ¡Magda! El señor general Kleben. Mi hija.

KLEBEN.—*(Jovialmente y con aire de protección.)* Espero señorita, que en el extranjero se habrá usted acordado siempre de su patria y que habrá sido usted siempre una buena alemana.

MAGDA.—*(Con sequedad.)* Todo lo contrario, señor general; yo soy cosmopolita. *(A Max.)* Le confieso que había olvidado completamente su fisonomía... Pero ahora que recuerdo, ¿no nos tuteábamos antes?

MAX.—*(Confuso.)* No sé...

MAGDA.—Bueno, lo mismo da; nos tutearemos ahora.

SRA. ELLRIK.—*(Aparte á la Sra. Kleben.)* ¿Ha visto usted qué modales tan bruscos?

KLEBEN.—(*A la Sra. Schwartz.*) Gracias, muchísimas gracias... He venido solamente á buscar á mi mujer. (*A su mujer.*) Nos vamos, ¿verdad?

SRA. SCHWARTZ.—Mi marido sentirá muchísimo...

KLEBEN.—Señorita... (*Saluda inclinando la cabeza, las señoras hacen lo mismo y salen todos.*)

ESCENA XI

MAGDA, MAX, Sra. SCHWARTZ y FRANCISCA.

SRA. SCHWARTZ.-El general se habrá ofendido, Magda; eres tan nerviosa!

MAGDA.—¡Bah!

FRANCISCA.—Yo creo que también se han ofendido las señoras.

SRA. SCHWARTZ.—Creo lo mismo y habrá que ir á darles una satisfacción hoy mismo. (*Se va.*)

FRANCISCA.—Espera; voy contigo.

MAGDA.—Quédate un instante, querida tía.

FRANCISCA.—¿Qué quieres?

MAGDA.—Tengo que darte una gran noticia. Hoy anunciaremos oficialmente un matrimonio.

FRANCISCA.—¿Entre quiénes?

MAGDA.—¡Entre Max y María!

MAX.—¡Magda!

FRANCISCA.—¡Imposible! Yo soy casi la madre de Max, y creo que á mí me corresponde de derecho.

MAGDA.—Te equivocas, querida tía. Para invocar ese derecho es preciso sacrificarse. Y ahora puedes irte, no quiero entretenerte más.

FRANCISCA.—(*Aparte y entredientes*) ¡Oh! ¡No me puede resistir!

ESCENA XII

MAX y MAGDA.

MAX.—No sé cómo agradecerle...

MAGDA.—(*Cogiéndole la mano.*) Agradecer...te, te... No me gusta verte así; menos respeto y más carácter.

MAX.—Querida prima, á un pobre teniente, que vive modestamente de su paga y no tiene deudas, no puede exigírsele mucho carácter.

MAGDA.—Tienes razón. Basta con que sepa hacer feliz á una mujer.

MAX.—Y ahora, tendrás que perdonarme; había olvidado un encargo que me han hecho para tí... Esta mañana he recibido la visita de un caballero que tú conoces, y que me ha preguntado con interés si tú y la *Dell' Orto* erais la misma persona, pidiéndome además que le presentara.

MAGDA.—Sí, hijo, sí, que venga.

MAX.—Es que me ha rogado que te lo consultara primero.

MAGDA.—¡Jesús! ¡Cuántas ceremonias gastáis aquí! ¿Quién es?

MAX.—El Barón Keller.

MAGDA.—(*Impresionada.*) ¡Ah!

MAX.—¿Palideces?

MAGDA.—¿Palidecer yo? (*Entra Teresa y entrega una tarjeta á Magda.*)

MAX.—¡Será el Barón Keller!

MAGDA.—Que pase.

MAX.—Te aseguro que es un hombre eminente, de glorioso porvenir, y que goza de gran reputación entre nosotros; en una palabra, es una lumbrera de este pais.

MAGDA.—¿Sí?

ESCENA XIII

Los mismos y el Barón KELLER

MAX.—Querido Barón, tengo el gusto de presentarle á mi prima. Y con su permiso, me retiro, dejándole en tan amable compañía. *(Saluda y se va. Pausa larga. Después se adelanta Keller y presenta un ramo á Magda.)*

KELLER.—Me permitirá usted, señorita, que le ofrezca estas flores en testimonio de la satisfacción que siento al ser presentado á usted.

MAGDA.—¡Oh, que poético! *(Arrojando el ramo.)*

KELLER.—*(Acercándose y casi al oído de Magda.)* Nuestro encuentro era inevitable. Creo, querida amiga, que lo más prudente es que, hablando con sinceridad, veamos de qué manera logramos ahuyentar toda sospecha acerca de nuestro pasado.

MAGDA.—*(Levantándose.)* ¡Oh! *(Con ironía.)* Tiene usted razón, señor Consejero. Confieso que no estaba á la altura de las circunstancias... Continuando en la tesitura en que había empezado, terminaría por representar el papel de la seducida y abandonada *Margarita* del *Fausto*. ¡No parece sino que la moral de mi país es contagiosa! ¡Bah! Démonos las manos. Es mejor así, ¿verdad? No tema usted, hablo sinceramente.

KELLER.—Crea usted que no encuentro palabras para...

MAGDA.—Muchas veces había pasado por mi imaginación esta interesante escena, y hace ya algunos años que estoy preparada para afrontarla. Le diré á usted más; al ponerme en viaje tuve el vago presentimien-

to de que se realizaría esta entrevista, pero nunca sospechaba que había de ser en la casa de mi padre... Lo que me extraña es que, después de lo ocurrido entre los dos, haya tenido usted valor para presentarse aquí .. Me parece algo.,.

KELLER.—He hecho lo posible para evitarlo; pero como formo parte de la sociedad benéfica que preside su padre de usted y...

MAGDA.—¡De la sociedad benéfica! Deja que te vea bien... que te mire á la cara.

KELLER.—*(Sonriendo y con cierto embarazo.)* Se burla usted de mi.

MAGDA.—¡Quiá! ¡Todo lo contrario! Comprendo perfectamente que quieras conservar la dignidad, la *pose* oficial, por lo mismo que te encuentras en situación completamente opuesta á esa dignidad. ¡Quizá también influirá en ello el remordimiento! Cemprendo tu posición, sí... Y desde las alturas de tu vida ejemplarísima mirarás seguramente con desprecio tu borrascosa juventud, tu juventud llena de vicios y de pecados. ¿No es verdad? Porque me han dicho que eres una lumbrera...

KELLER.—La ruego á usted que me dispense; no puedo acostumbrarme á esa familiaridad. Creo que no debemos tutearnos... ¡Si alguien se enterara!...

MAGDA.—*(Dolorosamente.)* ¿Y qué? ¡Que se enteren! ¡Que nos oigan!

KELLER.—¡Por Dios, Magda!... ¡No puede usted imaginarse la pena profunda que me embarga en este instante, y, al mismo tiempo, cuánto echo de menos mi brillante juventud!,..

MAGDA.—¡Oh! ¡Muy brillante, brillantísima!...

KELLER.—Si se compara con la vida mezquina y modesta de este país... Crea usted que

he sentido un placer inmenso al recibir la nueva de la llegada de una celebridad con la cual me unen tan gratos recuerdos...

MAGDA.—Justo; y habrás pensado al momento qué, por virtud de esos *gratos recuerdos*, podrías animar un poco tu insípida existencia.

KELLER.—¡Por Dios, Magda!

MAGDA.—¡Oh! ¿Qué tiene eso de particular? ¿Acaso no puede hablarse así entre antiguos amigos?

KELLER.—¡Y amigos sinceros, por mi parte!

MAGDA.—¿De veras? ¿*Sans rancune*? Más vale así, porque, si yo quisiera apreciar las cosas bajo otro punto de vista. me vería obligada á recitar la letanía de: «traidor», «falso», «infame»..., y sería cosa poco correcta... poco... *chic...*; pero no, no temas. Fíjate bien en lo que voy á decirte: sólo te debo reconocimiento...

KELLER.—*(Sorprendido.)* Quizá no he comprendido bien...

MAGDA.—En las circunstanscias en que nos hallábamos. no tenías ninguna obligación para conmigo... Había abandonado esta casa, había roto toda clase de relaciones con mi familia, era una infeliz muchacha, inocente, apasionada... Vivía como vivían los demás. Me entregué á tí, porque te amaba; si no te hubiese encontrado, probablemente habría amado á otro, al primero que se hubiese cruzado en mi camino. Era necesario pasar esa fase de la vida. Por otra parte... fuímos felices!...

KELLER.—Es verdad...

MAGDA.—¡En aquel quinto piso, limpio y modesto, vivíamos felices, en medio de nuestra pobreza!... ¡Pero duró poco la felicidad!

¡Mi señor amante, á los seis meses, desapareció de improviso!...

KELLER.—No fué culpa mía... puedo jurarlo... Una serie de circunstancias... Recibí la noticia de que mi padre estaba gravísimo, y tuve que marchar precipitadamente... Así te lo escribí.

MAGDA.—Sí, sí; si no te acuso; al contrario... Y ahora voy á decirte por qué debo estarte reconocida. Era en aquella época una niña alegre, ingénua y alocada, satisfecha con su libertad, y, gracias á tí, llegué muy pronto á ser mujer. Mi carrera, mi reputación, mi nombre todo te lo debo. Mi alma se parecía al arpa vieja que teníamos arrinconada en esta casa porque mi padre le había declarado guerra á muerte. Por tí, mi pobre alma se vió expuesta á sortear las tempestades de la vida, que la despedazaron, haciendo vibrar en ella todos los sentimientos: amor, odio, sed de venganza, ambición, hambre, ¡hambre, sí, hambre también!... y, finalmente, el más elevado, el más puro, el más santo, el más profundo de los sentimientos: ¡el amor de madre!... ¡Todo, todo te lo debo! ¡Calcula si he de estarte agradecida!...

KELLER.—¡Qué! ¿Qué has dicho?

MAGDA —Sí, amigo mío; tengo un hijo, por el cual todavía no me has preguntado...

KELLER.—¡Mi hijo!...

MAGDA.—¿Tu hijo? ¿Quién ha dicho tu hijo? ¿Quieres reclamarle? ¡Te ahogaría entre mis manos! ¿Quién eres tú? ¡Un cualquiera, un ser extraño, que, buscando aventuras, hallaste en mi un momento de felicidad! ¿Qué tienes tu que ver con mi hijo? ¡Mi hijo es mío, todo mío, mío, porque es el único ser por quien he vivido, por quien

he sufrido frío y hambre con resignación, por quien he rogado por las calles y he cantado y bailado en los cafés; porque él, mi criatura, mi hijo adorado, me pedía pan!... *(Con risa convulsiva qne se trueca en llanto.)*

KELLER.—Magda, estoy profundamentè conmovido... No necesito demostrarlo... ¡Si hubiese podido suponer!... Pero estoy dispuesto á todo. Le ofrezco la reparación que usted quiera... ¡Cálmese usted, por Dios! Todos saben que estoy aquí... y si la vieran en este estado...

MAGDA.—*(Irónicameute.)* No, no tema usted, señor Consejero, que no le comprometeré.

KELLER.—¡Oh! No lo digo por mí... Es por usted... su padre...

MAGDA.—Mi padre, ¡pobre viejo!; así como así, he destruido ya su felicidad.

KELLER.—En la elevada posición de usted, reflexione que sería su perdición...

MAGDA.—*(Con exaltación.)* ¿Y si yo quisiera perderme?

KELLER.—¡Por Dios, Magda!... Atienda usted... Alguien se acerca...

MAGDA.—¡Qué me importa!... ¡Que vengan, que á todos les he de decir lo que pienso de tí, de ellos y de toda vuestra cacareada moralidad!... ¿Acaso he de avergonzarme ante vosotros? ¿Acaso no he trabajado diez años sin descanso para santificar mi vida?... ¿Por qué he de avergonzarme delante de nadie? ¡Yo... soy yo! ¡Cuanto tengo y cuanto valgo me lo debo á mí misma, á mi trabajo, á mis energías!...

KELLER.—Tiene usted razón, Magda; pero guarde usted, al menos, las consideraciones...

MAGDA.—¿A quién? ¡Ah, sí, á la lumbrera de este país, cuyo brillo podría empañarse, de-

jándonos sumidos en la oscuridad!.. No temas...; tranquilizate.... no soy vengativa. . y menos viéndote débil, cobarde é incapaz de ningún sentimiento elevado... ¡Cuando te comparo conmigo y considero que por tu amor he caído en el lodo, me avergüenzo de tí, y... ya no es odio lo que me inspiras, sino desprecio y repugnancia!...

KELLER.—¡Por Dios, Magda!... ¡Por su padre!... ¡Si la viese en este estado...!

MAGDA.—¡Mi padre! *(Sale corriendo, tapándose la cara con el pañuelo.)*

ESCENA XIV

SCHWARTZ y KELLER

SCHWARTZ.—*(Entra sonriendo; nota la confusión de Keller, y ve la salida precipitada de Magda.)* ¿Es mi hija la que se aleja corriendo?

KELLER.—*(Confuso.)* Sí... estaba...

SCHWARTZ.—¿Qué ha pasado? ¿Por qué ha huído al verme?

KELLER.—*(Intentando colocarse entre Schwartz y la puerta de salida.)* Creo que la señorita... quizá quería estar sola...

SCHWARTZ.—¿Y por qué? Cuando se recibe una visita...

KELLER.—Se sentía mal.

SCHWARTZ. - Pero, ¿quién estaba con ustedes?

KELLER.—Nadie... no recuerdo.

SCHWARTZ —¡Usted está confuso, agitado!

KELLER.—Señor coronel, puedo asegurarle...

SCHWARTZ.—Señor Barón, ¿usted conocia á mi hija Magda? Ruego á usted que se sienta.

KELLER.—*(Mirando el reloj.)* Le suplico que me dispense. No tengo tiempo...

SCHWARTZ.—*(Casi amenazando.)* Le ruego á usted que se sienta.

KELLER.—*(Obedeciendo.)* Muchas gracias.

SCHWARTZ.—Hace algunos años encontró usted en Berlin á mi hija Magda.

KELLER.—Es verdad.

SCHWARTZ —Creo que es usted un hombre de severos principios, pero hay circunstancias en las cuales el silencio puede constituir un delito. Le pregunto á usted solemnemente: ¿recuerda usted en la vida de mi hija algo que?...

KELLER.—¡Oh, señor coronel! ¡Cómo puede usted suponer!

SCHWARTZ —¿De modo que ignora usted como vivia Magda?

KELLER —¡Lo ignoro en absoluto!

SCHWARTZ.—¿No la visitó usted nunca?

KELLER.—No, señor, nunca.

SCHWARTZ.—¿Nunca?

KELLER.—Si; ahora recuerdo... una vez...

SCHWARTZ.—Deme usted su palabra de honor.

KELLER.—*(Levantándose.)* Dispense usted. Nuestra conversación, señor coronel, parece más bien un interrogatorio.

SCHWARTZ.—Pero, ¿sabia usted lo que iba á preguntarle?

KELLER.—No sé ni quiero saber nada... Vine simplemente á visitarle, y me recibe usted como si fuese un reo y usted el fiscal.

SCHWARTZ.—¿Sabe usted, señor Barón, lo que significa el no querer contestar á mis preguntas ni atender á mis súplicas?

KELLER.—No sé; por mi parte debo decirle, señor coronel, que no es á mi sino á su hija á quien debe usted interrogar directamente. Nadie mejor que ella podrá darle toda clase de explicaciones. Y ahora, permitame usted que me retire... Ya sabe usted dónde está mi casa... Si necesita usted

algo de mi... Tengo el honor... *(Hace una reverencia muy marcada y sale.)*

SCHWARTZ.—*(Queda un momento pensativo y después se levanta y grita:)* ¡Magda!

ESCENA XV

MARÍA y SCHWARTZ

MARÍA.—*(Corriendo)* Papá, ¿qué tienes? ¿Qué te pasa?

SCHWARTZ.—¡Magda! ¡Magda! ¡Que venga inmediatamente!

MARIA.- *(Se dirige hacia la puerta y sale. Entra de nuevo al instante.)* ¡Ahí viene!

SCHWARTZ.—¡Inmediatamente!

MARIA.—*(Juntando las manos.)* ¡Por Dios, papá!

ESCENA XVI

Dichos y MAGDA

MAGDA.—*(Muy pálida, pero resuelta.)* ¿Me has llamado?

SCHWARTZ.—Tengo que hablarte ahora mismo.

MAGDA.—Yo también á ti.

SCHWARTZ.—¡Sígueme! *(Salen los dos.)*

TELÓN

ACTO CUARTO

La misma decoración de los actos anteriores.

ESCENA PRIMERA

La Señora SCHWARTZ y MARIA.

SRA. SCHWARTZ.—*(Llama á la puerta del cuarto del coronel.)* ¡Leopoldo!... ¡Me falta valor para entrar!

MARIA.—No, no, no entres; si le hubieras visto!

SRA SCHWARTZ.—¿Y dices que hace media hora que están dentro?

MARIA.—Sí.

SRA. SCHWARTZ. — *(Escuchando junto á la puerta)* Leopoldo es quien habla ahora. ¡Dios mío y cómo grita! Ve corriendo al jardín y cuéntaselo todo al Pastor; dile también que hace poco estuvo aquí el Barón Keller, y ruégale venga inmediatamente.

MARIA.—Voy corriendo (*Sale.*)

SRA. SCHWARTZ.—¡Ah! Oye: ¿Teresa no se habrá enterado de nada?

MARIA.—No, mamá, la mandó fuera.

SRA. SCHWARTZ.—Está bien *(Sale María. La Sra. Schwartz llama á la puerta.)* ¡Leopoldo! ¡Leopoldo! *(Retrocediendo)* ¡Dios mio! Ahí vienen.

ESCENA II

Señora SCHWARTZ, SCHWARTZ y luego MAGDA.—Schwartz entra descompuesto y vacilante.

SRA SCHWARTZ.—¿Qué tienes, Leopoldo?

SCHWARTZ.—*(Dejándose caer en un sillón.)* ¡Oh! La herida es mortal y no hay más que una solución.

SRA. SCHWARTZ.—¿Delirasr

SCHWARTZ.—No: sé perfectamente lo que digo. *(Magda entra.)*

SRA. SCHWARTZ.—*(Va á su encuentro.)* ¿Qué le has hecho?

SCHWARTZ.—Sí, ¡qué ha hecho! ¡Y esa es mi hija!

MAGDA.—*(Tranquilamente y suspirando)* Mi presencia en esta casa es ya un estorbo á vuestra felicidad y debo marcharme.

SCHWARTZ —¿Y tú crees que basta que traspases estos umbrales para que todo vuelva á su primitivo estado? ¿Qué va á ser de nosotros? ¡Dios santo! Yo, pronto, pronto... bajaré al sepulcro... pero ellas... ¡tu madre.... tu hermana!...

MAGDA.—María ha escogido ya el esposo que la conviene.

SCHWARTZ.—No se casa con un caballero la que tiene una hermana como tú. *(Con desprecio.)* ¡No, no, no se casa, no debe!

MAGDA.—¡Papá!

SCHWARTZ.—*(Dirigiéndose á la Sra. Schwartz.)* ¡Mírala, hasta ahora no empieza á comprender el delito que ha cometido!

MAGDA.—Papá... óyeme... Yo no puedo deshacer lo hecho, pero quiero remediar en lo posible el dolor que hoy os he causado; mi fortuna será la dote de mi hermana.

SCHWARTZ.—¡Oh!

MAGDA.—¿Qué queréis ya de mí? ¡Dejadme marchar! Ayer á esta hora ignorabais si vivía ó si había muerto, y hoy... ¿No comprendéis que es una locura pedirme que vuelva á pensar y á sentir como vosotros? (*A su padre.*) Me infundes pavor. Tengo miedo á esta casa... Siento que no soy la misma de ayer... desconfío de mí misma... Mi... tu dolor... me acobarda...

SCHWARTZ.—(*Irónicamente.*) ¡Ah, ah!

MAGDA.—Me humillo y te venero; siento en el alma cuanto ha sucedido, y tu sufrimiento es para mí un tormento horrible, porque mi sangre es tu sangre; pero es necesario que yo continúe el género de vida que me he creado. Debo hacerlo por tí... y por mí... (*Resuelta.*) ¡Adiós!

SCHWARTZ. — (*Cerrándole el paso.*) ¿Dónde quieres ir?

MAGDA.—Déjame, padre mío.

SCHWARTZ.—No; antes te ahogo entre mis manos. (*Asiéndola.*)

SRA. SCHWARTZ —¡Leopoldo!

ESCENA III

Los mismos y el PASTOR.

PASTOR —(*Entra y corre á separarles. Magda se deja caer en una silla.*) ¡Por Dios, coronel!

SCHWARTZ.—Querido Pastor... ¡Ahí tiene usted un hermoso cuadro de familia! ¡Y pensar que esa es mi hija!...

PASTOR —Ignoro lo ocurrido, pero creo que debe usted reflexionar...

SCHWARTZ.—¡Sí, reflexionar!... No; es preciso hacer algo, sí, algo... y no comprendo cómo estoy aún aquí... Claro que *él* puede decir-

me: «Usted es un inválido y le tiembla el pulso... y con los inválidos nadie se bate... aunque se haya deshonrado á su hija...» Pero yo sabré demostrarle... ¡Mi sombrero!

SRA. SCHWARTZ.—¿Adónde vas? ¡Por Dios, Leopoldo!...

SCHWARTZ.—Mi sombrero, digo... (*Se lo da la Sra. Schwartz. A Magda:*) Y tú, da gracias á Dios, en quien no crees por haber conservado la vida de tu padre. ¡Aun puedo volver por tu honor!

MAGDA.— *Arrodillándose.*) ¡Padre mío! No merezco...

SCHWARTZ. — ¡Pobre hija mía! (*Sale apresurado.*)

SRA. SCHWARTZ.—¡Oh, señor Pastor, por Dios! (*Suplicante.*)

ESCENA IV

MAGDA y el PASTOR

MAGDA.—(*Tras una pausa.*) ¡Oh! ¡Esto es irresistible!... ¡No puedo más!

PASTOR.—¡Señorita Magda!

MAGDA.—Usted también me desprecia, ¿eh?

PASTOR.—Hace mucho tiempo que no puedo despreciar á nadie. ¡Somos todos muy desgraciados!

MAGDA.—(*Sonriendo amargamente.*) Ciertamente: lo somos, sí. ¡No puedo ya más! Parece que toda mi vida gravita sobre mi cabeza. ¡Y ese pobre viejo quiere hacerse matar por mí! ¡Quiere borrar con su sangre todas mis faltas! ¡Oh! ¡Es horrible, horrible!

PASTOR.—(*Tras una pausa.*) Usted me otorgó el derecho de hablarle como un amigo; pero soy más que su amigo, soy su cómplice.

MAGDA. — ¿Usted también quiere atormentarme?

PASTOR.—¿Se juzga usted obligada á devolver el perdido sosiego á este tranquilo hogar?

MAGDA.—¿Acaso mis lágrimas no se lo demuestran?

PASTOR.—Es que supongo que el coronel logrará de aquel caballero la promesa de una justa reparación.

MAGDA.—¡Oh! ¡Qué generosidad! Pero á mí...

PASTOR.—No podrá usted rehusar su mano si viene á ofrecérsela.

MAGDA.—¡Cómo! ¿Usted me habla sériamente en este momento, señor Pastor? ¿A ese hombre despreciable, cuya mezquindad de alma tanto conozco... he de dar?... ¡Oh, no! ¡nunca!

PASTOR.—Señorita: para todos llega un día en el cual debemos olvidar nuestra vida pasada, á fin de cimentar nuestra vida futura.

MAGDA —¡Oh, no! ¡Nunca, nunca!

PASTOR.—Será necesario.

MAGDA.—Antes que acceder á ello, cogeré á mi hijo en mis brazos y con él me arrojaré al mar.

PASTOR.—(*Después de una pausa*) Sería la solución más sencilla, pero su señor padre de usted quizás la seguiría.

MAGDA.—¡Tenga usted compasión de mí!... ¡No acierto á explicarme el poderoso influjo que ejerce usted en mí!... Pero si en su alma vive aun el más remoto recuerdo de lo que un día sintió por mí, si conserva usted el respeto á los sentimientos de su juventud, ¡no pretenda sacrificarme así!...

PASTOR.—No veo otra solución... Ese pobre viejo no sobrevivirá á usted... y entonces, ¿qué sería de su madre y de su hermana?... Obrar de otro modo sería lo mismo que si usted con sus propias manos, pegara fuego

á esta casa y redujese á cenizas cuanto contiene... ¡Y esta casa es la suya!

MAGDA.—¡No, ésta no es mi casa! Mi casa es otra, ¡es aquella en que se halla mi hijo!...

PASTOR.—Y ese hijo crecerá, y cuando le pregunten: «¿Dónde está tu padre?,» y él, volviéndose á usted, le repita: «¿Dónde está mi padre?» entonces, ¿qué podrá usted contestarle?... No lo dude usted, señorita, ¡el corazón que no late con regularidad no tiene más remedio que sucumbir!...

MAGDA.—Y, aunque así sea... ¡lucharé siempre, mientras viva!...

PASTOR.—En esa lucha lo destruirá usted todo: casa, padres, hermana, hijo, todo; y entonces, ¡pruebe usted, si tiene valor para ello, de vivir en el mundo sólo para usted!... *(Magda esconde la cara entre sus manos.)* ¡Pobre niña!...

MAGDA.—Contésteme á una pregunta. ¿Usted ha sacrificado por mi la felicidad de su vida? ¿Cree usted aún, á pesar de lo que sabe, y de lo que ignora acerca de mí, que valía yo este sacrificio?

PASTOR.—*(Bajando los ojos,)* Ya le he dicho que me creo su cómplice.

MAGDA.—Haré lo que usted exija de mí.

PASTOR.—¡Gracias!...

MAGDA.—¡Adiós!

PASTOR.—¡Adiós, señorita!... *(Sale; Magda queda inmóvil, con la cara escondida entre las manos.)*

MAGDA.—*(Resuelta.)* ¡Maria!

ESCENA V

MAGDA y MARIA

MARÍA.—*(Entra.)* ¿Qué quieres, Magda?

MAGDA.—¿Dónde ha ido el Pastor?

MARIA.—Al jardin. Mamá estará con él.

MAGDA.—¡Oye! Si papá me llama, estoy allí. (*Señala la izquierda.*)

MARÍA —Y para mi, ¿no tienes ni una palabra de cariño?

MAGDA.—¡Ah! .. Me olvidaba. ¡Tranquilízate, monina mía... (*La besa.*) Todo se arreglará!... (*Salen.*)

ESCENA VI

SCHWARTZ; después MAX y luego TERESA.

SCHWARTZ.—(*Después de una pausa, abre una caja de pistolas; toma una, apuntando con ella. Le tiembla el brazo... Se enfurece é intenta apuntar de nuevo, agarrándose el brazo derecho.... Llaman á la puerta.*) ¿Quién?

MAX.—(*Entrando.*) Soy yo, tío...

SCHWARTZ.—¡Ah, tú! Puedes entrar.

MAX. - María me dijo.., (*Fíjándose en las pistolas.*) ¿Por qué están ahí esas pistolas?

SCHWARTZ —Son muy hermosas, ¿eh? ¡Y precisas! Con ellas daba antes en el corazón del blanco, á veinte pasos... Vamos al jar-jardín... y probaremos... Pero... (*Se entristece, como convencido de su impotencia, y casi llorando.*) Pero... éste... (*Señalando el brazo.*) ¡Este no quiere!...

MAX —(*Abrazándole.*) ¡Tio!...

SCHWARTZ.—¡Quita! ¡quita!

MAX.—Es que ya sabe usted que mi deber es ponerme frente á frente de quien usted me indique... Tengo derecho á ello...

SCHWARTZ.—¡Tú! ¿En calidad de qué? ¿Acaso quieres escoger esposa en una familia deshonrada?...

MAX.—¡Tio!...

SCHWARTZ.—¿Acaso quieres trocar el honroso uniforme de nuestro regimiento por el traje de paisano?... ¡En tal caso, podremos dedicarnos al comercio... ser comerciantes... ó usureros!... ¡Tú, con tu aristocrático nombre, podrás ir á caza de las víctimas, que yo me encargaré de despellejar!... ¡No, tú no querrás tal cosa, ni yo lo consentiría!. . Esta casa está deshonrada!... Vete, pues .. ¡La familia Schwartz no es la tuya! ..

MAX.—Tío, ahora exijo de usted...

SCHWARTZ. — ¡Silencio! ¡Silencio! (*Señala la puerta.*) ¡Sí, sí, puedo utilizarte, como se utiliza á los amigos, para arreglar tales asuntos!; pero aún no ha llegado la ocasión... Primero ha de contestarme... No estaba en su casa... ¡Pero se engaña si cree... que escapará de mis manos!... Probaré de nuevo, y si no doy con él, entonces, hijo mío, ¡entonces, sí, irás tú en mi nombre!... Entretanto...

TERESA.—(*Desde la puerta.*) El señor Barón Keller.

SCHWARTZ — *Con emoción.*) ¡Ah!...

MAX.—¿Es él? Entonces...

SCHWARTZ —(*A Teresa.*) Que pase.

MAX.—¡Tío! (*Indicándole que él debiera intervenir. El coronel le indica que se marche. Sale Max.*)

ESCENA VII

SCHWARTZ y KELLER

KELLER.—(*Al entrar se encuentra con Max, que le mira provocativamente. Keller saluda cortésmente.*) Señor Coronel... Siento en el alma que no me hallara usted en casa. Al volver del Círculo, encontré su tarjeta, y,

suponiendo desearía usted hablarme de algún asunto de importancia, me apresuré...

SCHWARTZ.—Señor Barón, no sé si en esta casa debe haber todavía una silla para usted... Sin embargo, puede usted sentarse.

KELLER.—*(Confuso.)* Muchas gracias... *(Se sienta cerca de la mesa, fijándose con un movimiento de sorpresa, en la caja abierta de las pistolas.)*

SCHWARTZ.—¿No tiene usted nada que decirme?

KELLER.—¿Su hija de usted, después de nuestra conversación, le hizo á usted alguna revelación?

SCHWARTZ.—¿El señor Barón no tiene nada que decirme?

KELLER.—Ciertamente..., pero antes quisiera poder manifestarle... quisiera rogarle...

SCHWARTZ.—¡Y yo quisiera saber como debo tratar á usted en esta casa!

KELLER.—¡Oh!,.. ¡Dispénse usted, señor Coronel!... Debe usted tratarme como á un hombre serio, que olvidadas las ligerezas de la juventud... *(Asintiendo Schwartz.)* No gusto de rodeos, y quiero abordar el asunto... de caballero á caballero... Señor Coronel, tengo el honor de pedir á usted la mano de su hija Magda *(Larga pausa.)* ¿No me contesta usted?... ¿No me cree usted digno?...

SCHWARTZ.—*(Alargándole la mano y con emoción.)* ¡Sí .. sí!... ¡Perdóneme usted, señor Barón!, pero la emoción... este momento... Deme usted su mano... ¡Me ha causado usted un profundo dolor, pero ha sabido muy pronto repararlo como un hombre honrado, como un caballero!... ¡Gracias, señor Barón... gracias!... Querrá usted ha-

blar con mi hija, ¿verdad? *(Cierra la caja de las pistolas.)*

KELLER.—¡Se lo ruego á usted!...

SCHWARTZ.—*(Dirigiéndose á la puerta y llamándola.)* ¡Magda!

ESCENA VIII

Los mismos y MAGDA.

MAGDA.—*(Entrando.)* ¡Papá!

SCHWARTZ.—¡Magda, hija mía!, el señor Barón me ha hecho el honor de pedirme tu... *(Se enjuga las lágrimas.)*

MAGDA.—¡Papá!

SCHWARTZ.—¡Sí, hija mía, sí! el Barón es un caballero .. *(Sale dominado por la emoción.)*

ESCENA IX

MAGDA y KELLER.

MAGDA.—*(Después de larga pausa.)* ¿De modo que nos casaremos?

KELLER.—Ante todo, no quisiera que sospechara usted que he provocado esa solución, que, por otra parte me enorgullece y me hace feliz...

MAGDA.—No, si no sospecho nada. ¡Ya ve usted que nada le echo en rostro!...

KELLER.—No creo que tenga usted ninguna razón para ello

MAGDA.—¡No por cierto!

KELLER.—Permítame usted que la diga que mi mayor esperanza, mi más vivo deseo, era desde hace mucho tiempo encontrar á usted.

MAGDA.—Y no ha cesado usted un instante de amarme, ¿verdad?

KELLER.—(*Turbado*) Verdaderamente... y desde esta mañana he resuelto. .

MAGDA.—¿Y esta resolución la habría usted tomado si me hubiese usted hallado pobre y desvalida?

KELLER.—Querida Magda, aunque no soy ambicioso, sé lo que me debo, lo que debo á mi posición social...

MAGDA.—Siendo así, debo considerarme felicísima de haber trabajado durante diez años para alcanzar esta meta ideal...

KELLER —Creo notar en sus palabras cierta fina ironía...

MAGDA.—Hablemos de nuestro porvenir..... será mejor... ¿Cómo se lo imagina usted?

KELLER.—En primer lugar, le diré que tengo vastos planes. Este rincón de provincia no es suficiente para desarrollar en él mis actividades; de modo, que trocaremos este pais por una capital digna de nuestra posición... porque renunciará usted al teatro, naturalmente...

MAGDA.—Con que... *naturalmente*, ¿eh?

KELLER.—Usted conoce la esfera en que vivo... Sería un obstáculo para mí, y equivaldría á que presentara mi dimisión...

MAGDA.—¿Y si lo hiciese usted?

KELLER.—Por Dios, Magda, no habla usted seriamente... No es posible que en los comienzos de una brillante carrera, la deje, para recorrer el mundo viajando en clase de marido de una celebridad; no, mi querida amiga... Y, sobre todo, créame usted, yo tengo en gran estima los triunfos que usted ha alcanzado hasta aquí, pero los mayores triunfos que la vanidad femenil puede desear, sólo se alcanzan en los salones de la aristocracia.

MAGDA.—(*Con impaciencia.*) ¡Pero *tú* olvidas

que nuestro hijo, por el cual se verificará nuestro matrimonio, alejará de nuestra casa á las gentes que practican esa moral severa en que pretendes vivir!

KELLER.—La existencia de este niño debe ser, naturalmente, un secreto. Nadie debe sospechar siquiera .

MAGDA —*(Con terror.)* ¿Qué? ¿Qué dices?

KELLER.—¡Oh, sería nuestra ruina! Sería absurdo pretender... Le haremos educar lejos de nosotros y le visitaremos de cuando en cuando. . Le inscribiremos en el registro con un nombre supuesto... y cuando los dos tengamos cincuenta años, con un pretexto cualquiera y con las debidas precauciones podremos adoptarle...

MAGDA.—*(Prorrumpe en una estrepitosa carcajada.)* ¡Ah, bien, muy bien! *(Llorando.)* ¡Mi hijo, mi tesoro, mi pobre criatura!... ¡Ah! Debería .. ¡Vete, vete!... ¡Fuera en seguida de esta casa, vete!

ESCENA X

Los mismos y SCHWARTZ

SCHWARTZ.—*(Entrando.)* ¿Qué pasa?

MAGDA.—¡Oh! ¡Líbrame de este hombre, hazle salir inmediatamente!...

SCHWARTZ.—¿Pero qué pasa?

MAGDA.—He hecho cuanto habéis querido, me he doblegado á vuestra voluntad, he renegado de mi misma y me he dejado llevar como una víctima al suplicio; pero abandonar á mi hijo..... ¡oh! ¡nunca, nunca!...

SCHWARTZ —Señor Barón, ¿quiere usted explicarme?...

KELLER.—Lo siento en el alma, señor coronel, pero parece que las condiciones que

estoy obligado á exigir para el bien común...

SCHWARTZ.—Mi hija no puede imponer condiciones... Señor Barón, le pido á usted me dispense por la escena á que le he expuesto, y le ruego me aguarde en su casa... Yo mismo le llevaré el consentimiento de mi hija... Le doy á usted mi palabra de honor...

KELLER.—(*Inclinándose.*) Señor coronel...

SCHWARTZ.—Gracias, señor Barón.

KELLER.—Solamente he cumplido con mi deber. (*Sale*).

ESCENA XI

MAGDA y SCHWARTZ

MAGDA.—¡Oh! Henos ya al fin. (*Schwartz la mira fijamente; luego, sin decir nada, cierra todas las puertas.*) ¿Crees que has de convencerme mejor teniéndome bajo llave? (*Pausa.*)

SCHWARTZ.—Hija mía, mi querida Magda... Oyeme tranquila... Debemos hablar seriamente...

MAGDA.—Mejor que mejor... ¡al fin saldaré mis cuentas con el hogar paterno!...

SCHWARTZ.—Mira, hija mía... estoy tranquilo, completamente tranquilo... Acabas de oir que he dado mi palabra de honor á tu prometido...

MAGDA.—Mi prometido... pero, ¡padre mío!...

SCHWARTZ.—Le he dado mi palabra y debo mantenerla.

MAGDA —(*Dulcemente*). ¡Pero si el mantenerla no está en tu mano!

SCHWARTZ.—Antes que faltar á mi palabra, moriría .. Eres la hija de un militar.

MAGDA.—¡Dios mío!

SCHWARTZ.—Oye, Magda, todos tenemos en este mundo algo que es para nosotros sagrado. ¿Qué es para tí lo más sagrado?

MAGDA.—Mi arte.

SCHWARTZ.—No, no es eso; más sagrado que tu arte.

MAGDA.—Mi hijo.

SCHWARTZ.—Conformes: tu hijo, á quien quieres mucho, ¿verdad? .. Y si jurases por tu hijo una cosa cualquiera, no faltarías nunca á tu juramento, ¿no es cierto?... Entonces, júrame por tu hijo que serás la esposa de su padre... De lo contrario..,

MAGDA.—¿Pero qué queréis de mi? ¿Por qué os mezcláis de tal modo en mi existencia? ¿Qué hay ya de común entre vosotros y yo?

SCHWARTZ.—¡Oh!...

MAGDA.—¿Acaso no me arrojasteis de esta casa, no me obligasteis á ganarme el pan, no renegasteis de mi?... ¿A quién he mentido yo? ¿En qué he pecado?... ¡Oh! Si yo hubiese permanecido en esta casa como mi hermana María que nada puede ser fuera del hogar, que de las manos de su padre pasará directamente á las de su marido, que de la familia lo ha recibido todo, el pan, las ideas, el carácter, y qué sé yo qué más... ¡oh!, entonces tendrías razón. Una mujer como ella, con la más leve falta hácese culpable; se gasta en ella todo: la conciencia, el sentimiento del honor, la estima de sí misma. ¡Pero yo, yo era completamente libre, pertenecia á la categoría de esas pobres mujeres que, sin protección, como si fuesen hombres, deben trabajar para poder vivir!... Si nos dais el derecho al hambre, porque yo he sufrido hambre también, ¿por qué nos negáis el derecho al

amor, tal como podemos alcanzarlo, y á la felicidad, como nosotras la concebimos?

SCHWARTZ.—¡Ah, hija mía! ¿Crees que porque eres una grande artista no debes cuidar de? ..

MAGDA.—Deja á un lado á la artista; no quiero ser en este momento más que una mujer obrera, una sierva que busca un poco de pan y un poco de amor entre los extraños... ¡Ah! ¡Se sabe ya lo que quiere de nosotros la familia!... ¡Nos abandona, nos niega todos los goces, nos niega su protección, y nosotras, en nuestra soledad, debemos vivir observando las leyes, que sólo para ella tienen sentido!... ¡Familia!. . ¡Y debemos esperar púdicamente que llegue un cualquiera, el primero que pase por la calle, y que quiera casarse con nosotras... hasta que llegue! Y, entretanto, la lucha por la existencia nos consume el alma y el cuerpo... ¡Vemos solo en el porvenir las amarguras que nos destruyen, y nos matan, y no podemos entregar toda nuestra juventud, todo nuestro vigor al hombre por el cual sentimos el amor de la sangre!... Atadnos si queréis; encerradnos en los harenes ó en los conventos, y quizás sea la mejor solución que podáis encontrar; pero si nos dais la libertad, no os maravilleis que de ella nos sirvamos.

SCHWARTZ —¡Oh! ¡He aqui, he aqui el espíritu de rebelión de este siglo!... ¡Hija mía, mi querida Magda, dime, por Dios, que no piensas lo que acabas de decir! (*Fijándose en la caja de las pistolas.*) ¡Dímelo ó no respondo de lo que suceda!... ¡Ven acá... acércate... no temas, hija mia!...

MAGDA.—(*Acercándose.*) No, si no temo nada...

SCHWARTZ.—(*Llevándola delante del retrato de*

su madre.) ¡Mira!... ¡Mírala!... La conoces, ¿verdad? ¡Debías ser como ella!.. ¡Se lo juré antes de morir... y todos los días, cuando jugaba contigo y te abrazaba, y te besaba, teniéndote en sus rodillas, yo os contemplaba, y pensaba: «¡Dios sea alabado! ¡Magda será como ella!» ¡Por caridad, Magda, ten piedad de mí... ¡Es imposible que esto acabe así!... *(Mirando las pistolas.)*

MAGDA.—¡Padre mio!...

SCHWARTZ.—*(Sin apartar la vista de las pistolas.)* ¡Por última vez, Magda!

MAGDA —¿Insistes?

SCHWARTZ.—¡Es preciso!...

MAGDA.—¡Oh! ¡Tú lo has querido! ¡Tú me has obligado!... ¿Sabes acaso si tienes el derecho de imponerme ese hombre?

SCHWARTZ —¿Qué?...

MAGDA.—Sí: ¿si, según vuestro modo de pensar, soy aún digna de él? ¿Si ha sido él mi único amante?...

SCHWARTZ.—(*Cogiendo una de las pistolas.*) ¡Ah! ¡Infame!... (*Levanta la pistola, temblando, y, al mismo tiempo, cae, como herido por un rayo, conservando la pistola en la mano.*)

MAGDA.—(*Dando un grito.*) ¡Padre mio!... *(Voces y gritos fuera; al fin, se abre la puerta).*

ESCENA ULTIMA

Los mismos, Sra. SCHWARTZ, PASTOR, MAX y MARIA

SRA. SCHWARTZ.—¡Leopoldo!... ¡Jesús!...

MARÍA.—¡Papá! ¡Papá mio!...

PASTOR.—*(A Max.)* ¡Corra usted á casa del médico!

MAX.—¿Otro ataque?

PASTOR.—Si... ¡Corra usted! *(Sale Max. A*

Magda.) ¡Acérquese usted... está espirando!...

SRA. SCHWARTZ.—*(Intentando quitarle la pistola.)* ¡Leopoldo! ¡Leopoldo! ¡Deja esta arma!. . ¡Es imposible!...

PASTOR.—¡Coronel, mi querido amigo! ¡Dios le ha llamado á usted, y, dentro de poco, puede usted hallarse en su presencia!... ¿No tiene usted ninguna frase de perdón para ella? *(Magda se ha arrodillado delante de su padre. Schwartz niega con la cabeza.)*

MARÍA.—(*Llorando.)* ¡Papá, dale tu bendición!... *(Schwartz abre los ojos un momento; deja caer la pistola, y levanta la mano, que coloca sobre la cabeza de María. En seguida, deja caer la cabeza sobre el pecho)*

SRA. SCHWARTZ. — (*Dando un grito.*) ¡Leopoldo!...

PASTOR.—*(Tomándole la mano.)* ¡Ha muerto!... (*Junta las manos en ademán de orar)*

MAGDA.—(*Levantándose desesperada.*) ¡Por qué he vuelto á esta casa!... *(El Pastor hace un movimiento.)* ¿Queréis arrojarme ya de su lado? *(Llorando.)*

PASTOR.—*(Solemnemente.)* ¡Nadie le impedirá rogar en su tumba!...

TELON

3 0112 098519975